

PALIMPSEST

REVISTA DE CREACIÓN

de J. J. Gaitan

Si al mirar las arabez acompañada
de tu balada,
Como que el viento para invencionalmente
una canción,
Sabe que entre las flores escondida
te canta ya;

Si te agita melódica en tu alta noche
tu respiración,

Si te inspira, si te inspira a Dios,
si te inspira,

Si te inspira que siempre inspiración al alma ya,
siempre ya;

Si te inspira siempre a tu inspiración
siempre siempre;

Como que por la inspiración te has inspirado
siempre siempre;

Como que como al alma inspiración ya,
siempre siempre ya;

Palimpsestos de J. J. Gaitan

21





N^o de las rimas

N^o de las rimas

N^o de las rimas

1	Como se anuncia el viento de una noche	12
2	Lo me ha acordado a las profundas lomas	8
3	En la clave del año número	16
4	Los suspiros son aires y van a aires	4
5	Los ombes tienen agua escondida	26
6	Figuras del baile	16
7	Yo contra mi color al copulante	14
8	Quiero, que de ese vicio delicia	8
9	Entre el dulce estremo de la orgia	12
10	Como en un libro abierto	8
11	Lo sé un bueno figante y estroño	12
12	Lo que al trabajo, que un tiempo mana	8
13	Ed el talen en el ayuntamiento	12
14	Algun vez te encuentras por el mundo	8
15	Queda que volabamos	20
16	Cuando me lo contaron entre el fin	12
17	Lo se cual el objeto	24
18	Que Norman es un el día	16
19	Como vive en esta que me presento	4
20	Hay como agua, máxime como hoy	24
21	¿Que se puede? diez mentes, cosas	4
22	Por ser un mundo un mundo	4
23	¿Que cuando que cuando fue el sueño	20
24	Las cosas desordenadas	20
25	Cuando miro el azul horizonte	28
26	En una el Norman y go la alta	12
27	Para el agua que goma abundantemente	8
28	Antes que tu me moviera escondido	24
29	En papete es azul y cuando me	12
30	Quiero pasivo fin los trabajos finiste	8
31	Cuando en las noches te acordaba	36
32	Este amaran de hueso y pellejo	16

N^o de las rimas

N^o de las rimas

N^o de las rimas

33	Des ojos lengua de fuego	20
34	Después de la a un lado y en la celda	12
35	Las figuras que se siempre bromando	16
36	Cuando volamos las figuras hoy	8
37	Sabe si alguno en tus labios, ojos	4
38	Volucran las cosas volubiles	24
39	No digas que agitate en tierra	36
40	Acordado a sus ojos una figura	8
41	Mi color es un color	5
42	Abundantemente estroño	20
43	Si al mirar los azules compañeritos	18
44	Después que tengo comen y solo	4
45	Al ver mis ojos de fechos	24
46	Los invariable atony del aire	8
47	¿Hay la noche y no encuentras un arte	8
48	¿Fingiendo realidad	7
49	Al hablar un estimpago mecom	6
50	Hay la tierra y los cielos, me comen	4
51	Lo soy ardiente, yo soy movido	18
52	Cuando sobre el pecho cubiendo	8
53	Entre la facha tenia	26
54	Si de maestro, agorero en un libro	8
55	Esta mujer me ha encontrado el alma	8
56	Primero es un alto tremulo y vago	8
57	Como la brida que la sujeta cosa	8
58	Cuando entre los temores osado	24
59	¿Cuanto voy, al fin de las mujeres	36
60	¿Cuanto habito de los buenos	22
61	¿No sé lo que he sentido	12
62	Epiteto sin nombre	26
63	¿Dipiente tremulo al mirarte	40
64	Como cuando al aires en tierra	8
65	Como callada y sea soy movimiento	20

N^o de las rimas

N^o de las rimas

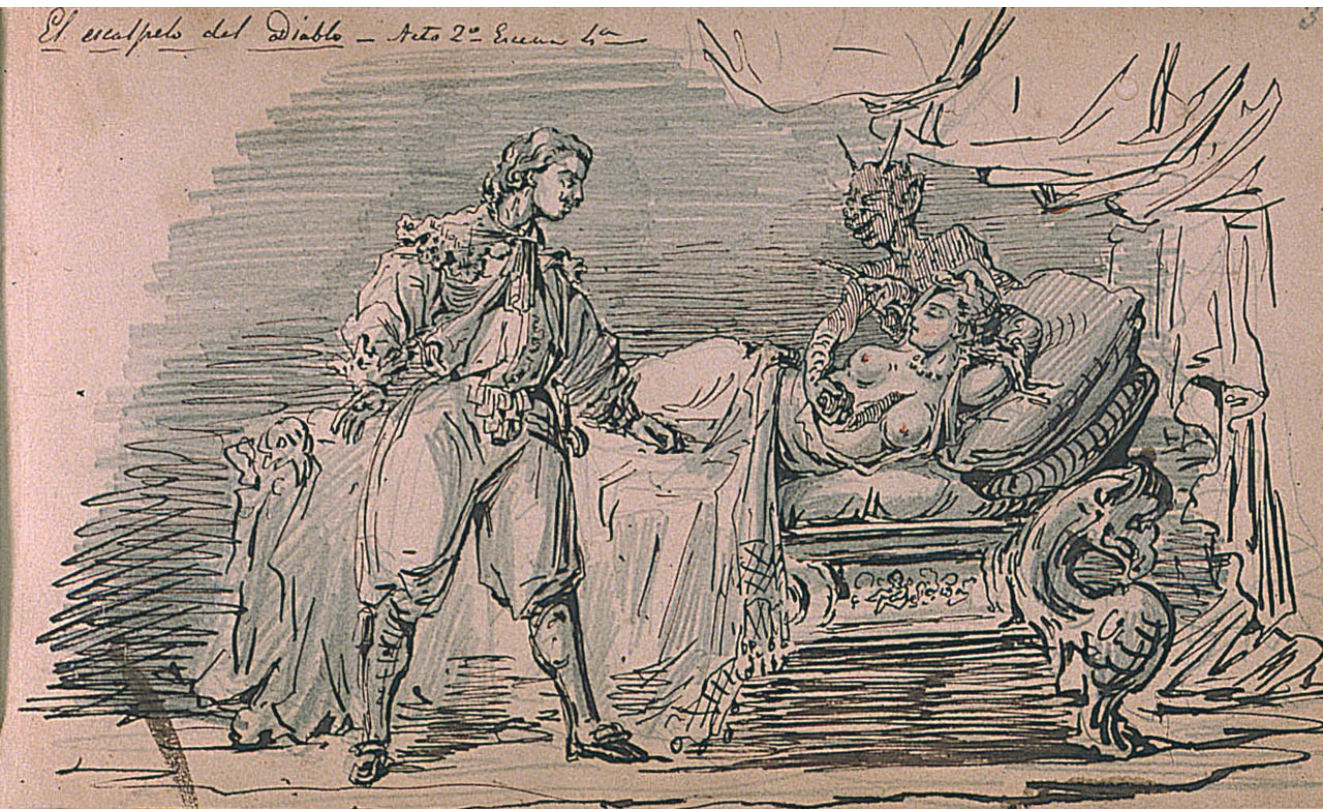
N^o de las rimas

66	La mano entre mis manos	38
67	¿De donde voy? El mas sencilla y apuro	16
68	Como engañado de alijas invitado	8
69	¿Cuanto del pabito y me abito	8
70	De lo que de vicio que me vicio	8
71	Corramos en ojos	104
72	Te es un punto y flotando ante mis ojos	16
73	Para acordada en su Norman	8
74	En la componente nave	44
75	¿Que me lo dice? Lo sé, es culpable	8
76	No dormis, cogaba en ese libro	24
77	¿He ha de ser recatando en los ombes	8
78	¿No me acordis tu olvido, aunque de un día	4
79	Por que son mis tus ojos	52

ÍNDICE

ANTONIO DELTORO.....	5
ALBERTO BENAVIDES GANOZA.....	15
<i>AGUSTÍN ACOSTA</i>	
<i>Introducción de Manuel Díaz Martínez</i>	19
ROBINSON QUINTERO OSSA	33
HUMBERTO AK'ABAL	39
CARMEN NOZAL.....	59
JOSÉ BARROETA	63
GUSTAVO ADOLFO GARCÉS	71
PALABRA DE LECTOR	
<i>Al recibir el Premio Octavio Paz</i>	
por Eugenio Montejo	75

El escarpelo del diablo - Acto 2º Escena 4ª





ANTONIO DELTORO

ZURDO

*“Desplazarse lenta y torpemente por el tiempo:
he ahí el secreto de la longevidad”
Luis Ignacio Helguera*

Es un caviloso: no tiene los ojos abiertos de un contemplativo y cuando sale, sale buscando; pocas veces tiene la mirada desnuda, sus ojos no están en la superficie de la cara. Sabe que el alma de la especie no es vegetariana y sin embargo desearía, a veces, para el género humano, el alma horizontal de un rumiante. Admira a los escarabajos que se la pasan empujando su bolita de estiércol, mientras gira la tierra.

Le gustaría ver el mar con los ojos cercanos de un mamífero: un cachalote mordido por las orcas en la corriente de Humboldt. Le atraen también los ojos de la raya y los del pulpo, pero imagina que los de la raya planean sobre un fondo de arena y los del pulpo se aferran a las rocas: ojos territoriales, de pequeñas distancias; en cambio imagina que los del cachalote son ojos transatlánticos, si no por su alcance, por la variedad de aguas que recorren. Ignora que el cerebro y los ojos del pulpo son muy parecidos a los humanos. Prefiere divagar a construir. El mar le permite estar en los ojos.

En los atlas sigue las migraciones de las grandes ballenas, los paquidermos del mar, que se la pasan ramoneando krill por las corrientes marinas. En cambio

los tiburones no le agradan. Su rapidez tiene algo de infernal, de demoníaca. En el infierno las cosas deben de ser rápidas a perpetuidad, lo cual no tiene que ver, a su juicio, con la eternidad; a la eternidad la imagina, como el viaje de un cetáceo, uniforme y serena; piensa que el infierno debe ser, en tanto fiebre, como el ataque de un escualo: vertiginoso, quebrado y repetido. Le gusta este aforismo de uno de sus amigos: “Desplazarse lenta y torpemente por el tiempo: he ahí el secreto de la longevidad”; su amigo murió joven.

Escribe desde las primeras hojas o desde las últimas de una libreta, hasta que las dos orillas se tocan: playas del sol que nace y playas del sol que muere, costas que separadas se parecen como el espejo y su enfrente. Si cosiera todos los sueños de su vida, por un lado, y todas las horas de vigilia, por el otro, se encontraría con dos mundos imposibles de coser.

Abre la libreta buscando algo que no está escrito, al no encontrarlo la cierra; tiempo después la vuelve abrir y lo vuelve a buscar y vuelve a no estar y su desilusión crece y vuelve a cerrar la libreta, pero no se da por vencido. ¿Por qué si sabe que ahí no está, lo busca en las hojas en blanco de la libreta? Porque es más probable que esté ahí que en las hojas escritas, y porque en el fondo cree que este abrir y cerrar de la libreta con el tiempo hará que lo que busca aparezca.

Hay temporadas en las que quisiera escribir algo tan absorbente como una novela, algo que otorgue olvido y consuelo, que hable como le hablaba un cuento en boca de su madre. Pero no tiene fantasía y su lengua es muda para el relato; de vez en cuando le viene un poema breve, un aforismo en los que quisiera condensar lo que le dieron las novelas y los cuentos: viajes en los que participaba más allá de sí mismo.

Quisiera tener el ojo astronómico, la oreja arbórea y pajarera. Ambos deseos se los debe a su madre: ella le dio su ambición geográfica, entendida de la forma más decimonónica: desde la astronomía y la geología hasta la biosfera y la geografía humana: de las nebulosas a la creación de la tierra; de los ríos y los mares a los puertos y al comercio; de las montañas y volcanes a las minas, a las selvas, a la industria y a la fundación de las ciudades.

6 Teje una red de paciencia anticipadora. Espera sentado que el silencio hable: siente que el silencio no es neutral, no es continuo, tiene dimensiones, se metamorfosea sin salir de sí mismo; siente que no por estar fuera, no mira y participa; cree que tiene la inteligencia de la zorra, que ve en cada cosa cada cosa, y la autosuficiencia del erizo. Según él el silencio es un animal que deja pistas: ahora que ya no puede seguir sentado, las busca de pie inútilmente.

Le obsesiona lo que suena en su oído que no está en la lengua de los hombres, sino en los elementos, en los ruidos de los pájaros, en los de los élitros; en

un idioma cuya gramática ignora y cuyos sonidos son irrepetibles para su lengua y su lápiz.

Se pregunta: ¿Cómo expresarse sin hacer acopio de lo que no entra enteramente en el lenguaje? ¿Cómo hablar de uno mismo con uno mismo sin usar el lenguaje de todos? ¿Cómo entenderse y extenderse, sin hacerse entender por el lenguaje? Porque expresarse es salir del dibujo, de los márgenes, tiene algo de explosión o de extravío, y entender es dibujar, fundar formas recorribles por el prójimo. Escribir, sí, pero ¿de qué manera?

En la calle su ambición sería escribir con un estilo seco, amargo, visceral y al cerebro, ser su cronista, registrar la crudeza; en su casa su deseo sería hacer buenos poemas desde las raíces hasta la copa y las ramas. Cree en las raíces que se olvidan, que no están destinadas al ojo pero que trabajan para el árbol desde el silencio obscuro, país donde se mueven haciendo ruido entre las piedras, guiadas por la necesidad, evitando y buscando, deformándose siempre, hacia el tronco y el fruto: piensa que danzar por la copa y no por las raíces es el arte del árbol pero que su ciencia está debajo de la tierra.

Cree que al hablar de un río conviene ignorar que es una metáfora para que el poema lleve agua por un cauce no genérico. Van sus ojos al agua a nadar con los peces. El agua, para él, está también en la ducha, en la alberca, en la natación, en la cama equilibrando con su placer el transcurrir del tiempo.

A veces le exigen que salga, aunque su salida aporte únicamente un gesto, aunque sólo resulte añadir ruido al ruido. Leer es su manera de salir con las puertas cerradas. Es un autodidacta condenado a ser un eterno estudiante: se la pasa leyendo, piensa que algún día podrá sentarse a escribir, a coser lo leído a sus ojos. Pero no es un enclaustrado: se pasea, trabaja, baja a la ciudad, vence su reticencia a dejar sus lecturas y sus plantas, sale y mira a criaturas de su especie, a contemporáneos, que jamás tocarían sus puertas, ni entrarían a las páginas de un libro. Pero, a la postre, aunque está convencido que en cien metros de calle hay más complejidad que en cualquier tratado, defiende su silencio: le gusta vivir al margen, en el reducto del lector, en el beato sillón de Guillén, confiado a la intimidad de las bardas.

Su mujer esta dedicada a recibir la lluvia del cielo, a dotar a la casa de abundancia de techos y cisternas; combina la magia con la agudeza de observación de un arqueólogo, sin salir, sabe que pasa en la ciudad por mil indicios. En su casa él oye la lluvia de propietario: aquella que toca percusiones en un suelo conocido, sembrado; humedeciéndolo, deslavándolo: la lluvia benéfica y nocturna, la que nos da sueño y la que nos desvela, la que engorda la cosecha en la milpa y la que nos quita de la mano la cosecha. Antes de cambiarse a esta barranca era sordo a

tales lluvias; mientras ahora: qué maravilla la lluvia en los helechos: los dos dormidos, uno soñando, los dos despiertos.

La sobrevivencia en las selvas tropicales del perezoso es para él pasmo y misterio. Anota en el transcurso de un documental televisivo cosas como éstas: “La higuera necesita al calao como el calao a la higuera” o “Las cabras de las nubes: los heraldos del monzón” y se va satisfecho a la cama como el que ha salvado el día.

Se daría por satisfecho con que las cosas no se agravaran tan de prisa. Lee únicamente tres o cuatro novelas nuevas cada año. Hace mucho que no lee una de una sola sentada, tiene que levantarse a pasear a cada párrafo; antes la corriente de la novela lo arrastraba, ahora no quiere saber: teme no sólo por los personajes sino por su autor, teme tanto por sus vicisitudes como porque no den con sus vidas. No puede ver películas en televisión sin huir por la casa, en cambio puede ver operaciones a corazón abierto. Las catástrofes en los noticieros le producen un malestar insoportable. Meses después las puede ver con cierto interés documental. Hace tiempo que no disfruta de la obscuridad de un cine: la cambió por un jardín; vive en los suburbios y no se desplaza demasiado.

Le angustian la multitud de rostros, de rastros, de datos, de seres, cada uno formado por millones de momentos, miles de recuerdos, cientos de estados de ánimo y todos, no obstante, finitos, limitados tristemente por la muerte. Le entristece que ya no estén sus padres, algunos amigos e, incluso, más allá de la historia humana, le fastidia que el sistema solar acabe revuelto con otros sistemas y galaxias. Cree que vivir es una aventura inútil (de ahí su afición a la novela), y que morir es, meramente, una consecuencia (de ahí su miedo y deseos de simplicidad y estoicismo). Por eso observa tanto a los animales: ellos nos dan lecciones de bien morir. Él espera, cuando llegue el momento, estar a su altura.

Le atrae el pulpo, un ser blando que vence a la dureza. ¿Cómo están distribuidos los tres corazones de un pulpo?, ¿están dispuestos para hacer llegar la sangre a sus ocho tentáculos?, ¿equivalen con su potencia conjunta al corazón gigante de una jirafa bombeando sangre a su cabeza más allá de las ramas?: cuestiones que le obsesionan, cuestiones que saltan de lo normal al caso. Le fascina la ola fantasma de 30 metros de altura, compacta y escarpada como un acantilado en movimiento que le roba la energía a otras olas, o nace del encuentro de corrientes submarinas con los vientos de la atmósfera. Intuye que las olas más asesinas son las que surgen de acuerdo a las leyes de lo inesperado y extraordinario y no obedecen las leyes de las olas normales. La revolución y la normalidad, el genio y el hombre normal, ¿tienen también leyes diferentes?, se pregunta del lado de las olas que azotan la playa.

Piensa que frente a un leopardo o un tigre todos somos inquilinos o inválidos. Dios expulsó del Edén a los hombres, no a los animales. Eva y Adán se creían los

dueños de él y eran tan sólo dos inquilinos. Siente por eso que no hay que presumir ni avergonzarse, vive con curiosidad y placer este modesto privilegio que se nos va con el tiempo. Los contornos, el perfil y el volumen, son nuestras limitaciones, nuestras fronteras, lo que nos hace diferentes, vivos en la noción exacta: seres particulares, seres que nacen y mueren, pues, intuye, por otra parte, que ser pequeño es la única forma de ser y que también son pequeños tigres y leopardos.

Pertenece a un grupo de personas que les interesa el paso del no ser al ser, más que el paso del ser al no ser, pero no de la forma de un físico o un astrónomo, sino de la forma más pasmada y modesta de un entomólogo que dudara de la vida eterna y se enfrentara a ella, como se enfrenta un ateo a la nada: como un trapecista en el circo, sin redes teológicas.

Es un supersticioso de los pronombres: no habla consigo mismo en segunda persona, tuteándose; ni de nadie en tercera, nunca utiliza ese pronombre (Juan, María, sí, sí la tierra firme del nombre, pero no él o ella), porque la tercera persona es para él fantasmal, independiente, nebulosa y piensa que nadie puede ser en tercera persona. Todo cambia en plural: la tercera persona se acomoda perfectamente a los muertos, la primera, a los vivos (ellos los muertos, nosotros los vivos), pero ¿dónde la segunda persona?

En su casa a ciertas horas, se siente el capitán Nemo en su biblioteca frente al órgano, mientras en la ventana un paisaje submarino se despliega y los tentáculos del pulpo amenazan el concierto de Bach. Al mismo tiempo le rodean los ausentes: su padre y su madre (si se encontrara a sus padres en el más allá ¿A qué edad de ellos, a qué edad suya?); están sus muebles, sus libros y un deber hacia ellos que no adivina y que busca.

Le dieron poco a poco el alcohol y la palabra. De niño le gustaba escuchar a los amigos de sus padres, lo dejaban estar en las reuniones a condición que no interviniera, aunque debía de dar signos de inteligencia: podía reírse y deslizar de cuando en cuando algún comentario que lo distinguiera de los muebles. Iba por las cubas o por los whiskys y luego de cenar a la cama, en el fondo a sus padres les gustaba que aprendiera: si un carpintero, un electricista o un plomero trabajaban en la casa lo obligaban a que observara su trabajo y que les ayudara pasándoles las herramientas, pero él prefería el aprendizaje nocturno: el de la conversación y las copas.

Están los otros fantasmas que por más que les cierre las puertas entran por el teléfono: amigos y amigas a los que no quisiera ver y al mismo tiempo quisiera dedicarles la vida. Tiende a darles explicaciones incluso a sus gatos. Su estudio tiene algo de capilla: santos en las paredes, máscaras, cuadros: entrar en él y sentarse supone discutir mucho con los ausentes: es un ser que cultiva la culpa y se entrega a ella como un campesino a la milpa (La culpa es una obsesión autónoma: el

exterior es su abono, pero no su terreno). Intenta que no lo censuren los seres que habitan en los libreros, cada libro escogido por sus padres, el dibujo de su madre, el retrato de su padre leyendo; intenta dejarse llevar por la luz que se mueve, cada instante más roja y que hace que los lomos de los libros le recuerden tardes en que los fantasmas estaban vivos en otra biblioteca.

Se encierra con los retratos de los muertos para que lo lleven a cuando los retratados estaban vivos. A menudo recuerda a su padre leyendo pero ahora lo recuerda a su lado, es decir, se recuerda a su lado mirando un libro de pintura. Lo recuerda leyendo y aislándose a tal punto que nadie se acercaba a su concentración parte por miedo, parte por respeto al silencio. Pero de pronto y, si sabía aproximarse, era un festín colocarse a su lado, él, que podía soltar un manotazo si leía por encima de su hombro, entonces se volvía hospitalario y le leía un verso o le dejaba que viera un libro de pintura con él. Su padre no se juntaba con tontos, en ello era un experto, podía estar con cualquiera, con tal que fuera inteligente y se pudiera conversar con él. Tenía ojos particularmente orientados a lo bello y una eficacia de lengua para darse cuenta de los defectos del prójimo, defectos que le divertían a veces, pero que a veces le desesperaban hasta llegar a la frialdad o la tormenta, esto lo experimentó más de una vez él en carne propia. Su torpeza verbal lo indignaba hasta llegar a compararlo con una conocida que cometía al hablar faltas de ortografía. De pronto le decía: cierra las cortinas y él las abría y se enfurecía porque pensaba que no se fijaba por simple negligencia, la negligencia lo sacaba de sus casillas. Le preocupaba su naturaleza profunda de mendigo y trataba por todos los medios de combatirla: hablándole del lumpen con desprecio o mostrándole los placeres desde su punto de vista de sibarita moderado pero agudo. Una vez frente a un escaparate de una librería cerrada, después de cenar, después de una película, hablándole de mujeres, cosa muy excepcional, le dijo con gracia y crueldad, refiriéndose a la comida, al cine, a los libros y a las mujeres, sobre todo: ¿te gustan?, eso cuesta dinero y para tenerlo hay que trabajar. Ahora le agradece que lo haya librado de sus dobles: Rasputín y San Francisco.

Más que la eficacia del zurdo pretende las simpatías de la orilla izquierda, los dones de la autonomía. No contar es su lujo, no suma ni resta, vive de no hacer cuentas. Sospecha que las vidas de zurdos y derechos son como las aguas de los dos hemisferios cayendo en sentido contrario en dos lavabos: simétricas, una de derecha a izquierda, otra de izquierda a derecha. En el fondo es una especie de mendigo demasiado cobarde para serlo, un mendigo inseguro de su capacidad de sobrevivencia en la calle, no apto para vivir el ascetismo epicúreo del que vive más allá del esfuerzo y la norma.

A veces llega a su casa de noche alumbrado por el alcohol y se encuentra en el jardín con los gatos indiferentes y bendice no tener perros ladrones e irse a la cama en silencio, con el alcohol, el cansancio y sus obsesiones.

Fuera de casa, además de la playa, los sitios en que se encuentra más a gusto son las casas de amigos muy cercanos. Entonces recuerda sin querer otras reuniones hasta llegar a las primeras: se juntan potenciando o matizando a la presente, como potencian o matizan a su jardín parques y jardines pasados.

En un submarino se imagina un gato contento y un perro estresado. Se creía destinado a los perros, terminó con los gatos. No es lo mismo el abrir el corazón, el ponerlo como blanco de un perro, que el donjuanismo y el zigzaguo del corazón de un gato. En su juventud se sentía como un perro en la manada de solteros recorriendo la ciudad en busca de mujer, nunca sintió la autosuficiencia del gato, pero ahora no soportaría otro compromiso, ahora que intenta librarse de compromisos y culpas. Tiene un refrán: como amigos, los perros; como amantes, los gatos.

Hace ya mucho tiempo es fundamentalmente el mismo pero con más años, con los mismos miedos e inocencias, en el mismo cuerpo, en la misma ciudad, hijo de padres ya muertos, con la misma base de recuerdos, con amigos ya muertos, con los mismos amigos, vivos y muertos, con alguno vivo pero lejano, viudo de muchos momentos, huérfano a cada instante y para siempre. Piensa que a los muertos no les afectan nuestros sueños, como a nosotros, por cierto, tampoco nos afecta que nos sueñen; que los muertos están muertos por más vivos que vivan en nosotros y sin embargo habla con ellos y en la noche los sueña.

Para él el sueño es el alivio del sol, la pesadilla, su potencia que atraviesa la noche. La noche con los ojos cerrados tiene colores; los colores que los ojos recogen en el día. La noche pasa por fuera de los párpados, la muerte por dentro vaciándonos mientras los ojos sueñan colores de recuerdos.

Las películas de terror son un aprendizaje brusco. Le tuvieron que sacar del cine una vez en una película (Abot y Costelo contra el hombre lobo) y otra (Alicia en el país de las maravillas) lo dejó al borde de un infarto de silencio, porque, para que lo llevaran, tuvo que prometer que no lloraría. En su infancia un cuarto oscuro era el castigo y la noche era un cuarto oscuro toda la noche. Ahora desea el cuarto oscuro, no sólo para dormir, sino para escuchar, casi olvidado del miedo, los sonidos nocturnos, la lluvia, los perros, los vecinos, los transeúntes...antes de hundirse, en las pesadillas y los sueños, donde muertos y vivos se reúnen.

“Todos los que vamos por esta calle llevamos nuestro propio camino.”, leyó en una barda. Siempre ha sido más amigo de sus amigos que de la verdad; sus amigos son su realidad palpable, amable, tumultuosa y diversa, nunca ha dudado de su existencia; de la verdad, en cambio, no ha tenido tales certezas. Desmemoriado, para no irse en la amnesia, se junta con memoriosos, los mismos toda la vida, que le recuerdan su cauce. Pero no es un hombre de grupo sino de amigos: nada le obliga a seguir su camino (sus lealtades no coinciden con las de ellos) y, sin embar-

go, algo que no entiende por completo le hace seguir frecuentando sus vidas. Sus amigos hacen lo mismo: lo quieren más allá de aciertos y desaciertos. Piensa que la amistad es una conversación entre aprendices que pasmosamente se repite: una predilección recurrente y azarosa. Por eso cuando abre un libro busca, más que a la verdad, a un amigo: se la pasa leyendo a unos cuantos autores, pocas veces se aventura: a sus padres les alarmaba que ya grandecito siguiera repitiendo “Los tres mosqueteros”, “Veinte años después” y “El vizconde de Brachelone” y festejaban su temprana devoción a los “Episodios Nacionales”.

No tuvo hijos: le interesan los jóvenes de frente, sin la ventaja histórica de la edad, sino sólo como momentos que coinciden en el tiempo con él, como luces de estrellas distantes que se encuentran. Le gusta participar con los oídos de sus correrías nocturnas sin la responsabilidad admonitoria del viejo. Casi todos los días se va a la cama a disfrutar la obscuridad, una costumbre que comenzó a cultivar después de una juventud agitada. No sólo su vida ha sido mejor que la que temía sino azarosa, ya que sin haberlo leído practicó como pudo el aforismo de Sainte-Beauve: “Nada me importa, mientras haga algo por la mañana y me encuentre en alguna parte por la noche”.

A una partera le debe la vida, no al médico. Del lado derecho un añado es lo que ha sido toda la vida, un añado con muchos años desde el principio, con mucha muerte, que goza esporádicos oasis de inconciencia y olvido, del lado izquierdo todos los días intenta tener su edad. De un lado es un desmemoriado; el que tiene que repetir, el olvidadizo, el amnésico a ratos, el que acaba no sabiendo dónde está, quién es: un ciclista por una pendiente de memoria; del otro, un memorioso.

Desde el principio su madre trató de una manera diferente a sus dos lados: a su mano derecha la mimó y la consintió; se la llevaba al regazo o la acariciaba mientras él escuchaba sus canciones o sus cuentos; con la izquierda era amorosa de una manera más puritana y más recta: desde la infancia le exigió fuerza y derechura adulta: honestidad. Cuando se despertaba en la noche acosado por las pesadillas, desafiaba el largísimo pasillo que separaba su cuarto del de sus padres; agitado e intentando el silencio, para no despertar a su padre, se metía a la cama materna: si su madre lo aceptaba, era por su mano derecha, si lo rechazaba era porque quería forjarlo a imagen y semejanza de su mano izquierda y de su padre. Él lo supo desde pequeño, y en su relación con ella siempre respondió a este contraste de ternura y rigor.

Su cuerpo habita dos países de usos horarios lejanos: el lado izquierdo tiene las habilidades de un carterista en el metro; el lado derecho es un campechano de hamaca. Una mano al lado de la otra, un pie al lado del otro, pueden ser dos individuos compartiendo el espejo. Su cuerpo pertenece, simultáneamente, al bando terso y astuto y al bando cansado. Su cerebro reproduce en múltiplos de dos las

diferencias: a veces navega en el país donde duermen sus sueños la tortuga y la piedra, otras se retuerce.

No se imagina un tiburón con una sola aleta. Conoció un gato sin una pata, era patético y al mismo tiempo ágil; en cambio, en una playa, trató de salvar a una gaviota a la que seguramente el mar le había lastimado un ala: sufrió la desesperación y la angustia hasta desear su muerte: por eso cree que la superficie de la tierra es más generosa que el aire.

Tiene al tiempo los síndromes de la mano mansa y de la mano anárquica, de pronto se vuelve bovina y de pronto se quiere ir, incontrolable y eléctrica. La otra mano aparenta no enterarse, pero no puede más que tratar de controlarla. Además tiene el problema de la pierna, la derecha, que de pronto comienza sus rachas. Afortunadamente todos estos incontrolables no suelen presentarse juntos: hay temporadas enteras que sólo tiene el tic de la boca y puede salir de sí y dedicarse a contemplar las bellezas del aire, de la tierra y del agua.

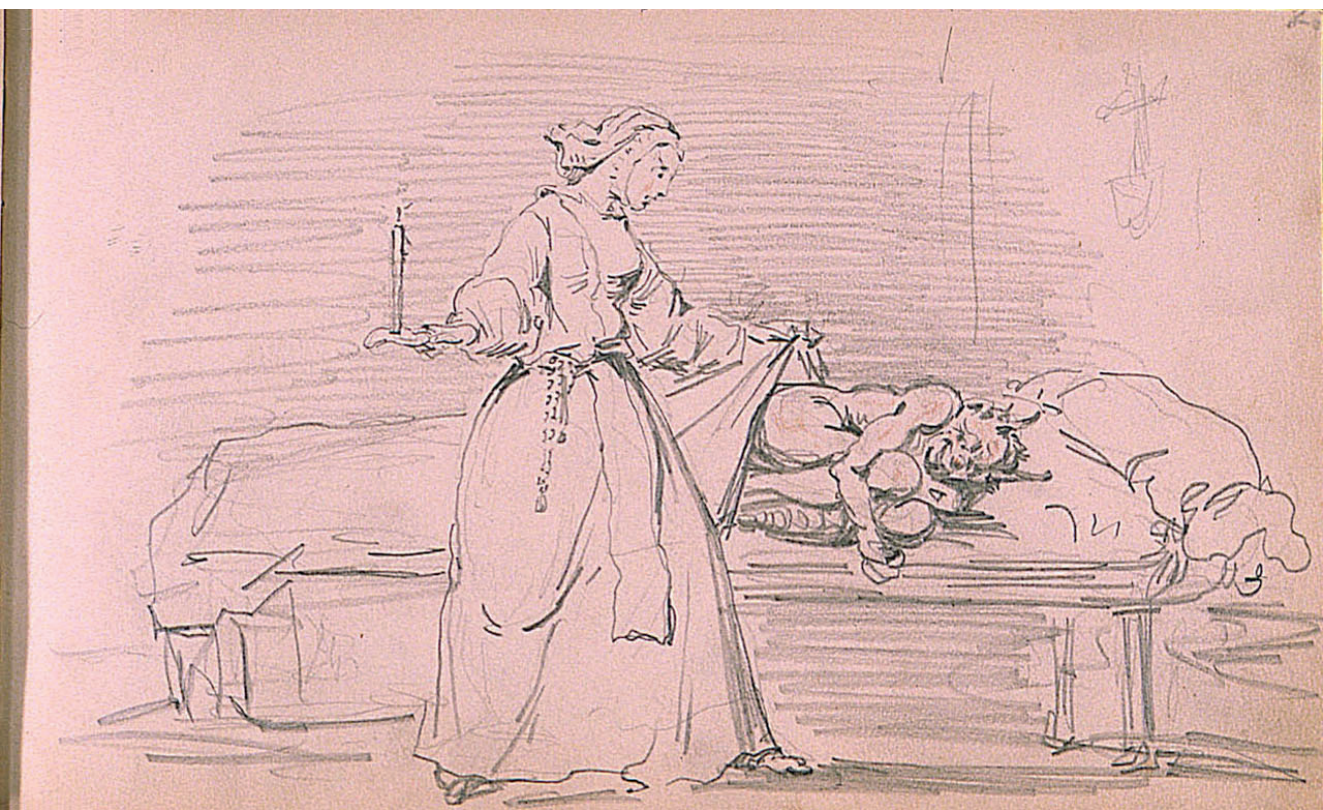
*Antonio Deltoro (Ciudad de México, 1947) ha publicado los siguientes libros de poesía: **Algarabía inorgánica** (La Máquina de Escribir, 1979), **¿Hacia dónde es aquí?** (Penélope, 1984), **Los días descalzos** (Vuelta, 1992), **Balanza de sombras** (Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, Joaquín Mortiz, 1996), **Poesía Reunida** (UNAM, 1999). En España ha publicado **Poemas en una balanza** (selección y entrevista de Francisco José Cruz, col. Palimpsesto, 1998).*

Ha escrito ensayos sobre distintos aspectos de las obras de Ramón López Velarde, Josep Pla, Luis de Góngora, Antonio Machado, Eliseo Diego, Jaime Sabines, Eugenio Montejó, Oliverio Girondo, Gonzalo Rojas, Jorge Guillén, Jorge Luis Borges...

*Ha impartido cursos y talleres de poesía, en la **Fundación Octavio Paz, Casa del Poeta Ramón López Velarde** y **La Casa del Refugio** en la ciudad de México, así como en numerosas casas de cultura en provincia.*

*Fue Jefe de Redacción de la revista **Iztapalapa** (1979-1983), miembro del Consejo de Colaboradores de la revista **Vuelta** (desde 1990 hasta su último número), del Consejo Editorial de la revista **Paréntesis** y, actualmente, del Consejo de Colaboradores de **Letras Libres**.*

*Desde el mes de febrero de 2001 es Coordinador Cultural de la **Casa del Poeta Ramón López Velarde**.*





ALBERTO BENAVIDES GANOZA

EL LEÑADOR

*En memoria de
Don Felipe Bartolomé
Escriba de la Cruz,
que aprendió a tirar
hacha de una mujer.*

El buen leñador
se integra a la naturaleza:
él es un tronco más
con un hacha en las manos.
Sus piernas y brazos son troncos
que se confunden con otros troncos;
sus dos pies suspendidos en el aire
al momento del hachazo
vibrando su vida
como un árbol.

ÁRBOL

Fresca sombra,
descubro que eres
fuente de agua lentísima
surtidores tus ramas y hojas
lanzando chorritos de sombra
para la vieja tierra y para el animal.

PIEDRA DE HUACA

A Ernesto Benavides del Solar

No creas ni por un instante
que eres el primero.
Alguien que no conoces
en una lengua que no conoces
se despidió ya con cariño de esta piedra.

HOJA DE COCA

Y al rato
un ligero mentol entre las
encías y el carrillo que
te saca de cualquier flojera.
Ud. hará algo hoy día.

TECHO DE CAJAMARCA (receta para mirar)

Así es esta alta esperanza:
encima de esa teja mohosa
el verde musgo y la tilansia
-la vida sobre la vida.

Al fondo las suaves sierras de Cajamarca
prolongan el verde.

Yo no quiero
detener el agua.
Sólo entretenerla,
refrescarme.

*

Yo no sé nada de nada
¡qué horror!
pero sé donde están las
copas.

*

La tierra guarda palabras
en viejos idiomas olvidados.

El sol es un dios.
No hay vuelta que darle.

*

El yo no existe
murámonos tranquilos

*

La fantasía es fantasía
hasta que la belleza
la empuja a la existencia

Alberto Benavides Ganoza (Lima, 1949) se graduó en Filosofía por la Universidad Católica de Lima (1974), donde ejerció de profesor durante 25 años. Ha escrito los siguientes libros **El ave huida** (1979), **Cuentos del camino del bosque** (1982), **Platón y otros pretextos** (1990), **Pachacamán** (1993), **Cantos de Puerto Huamaní** (1997), **Después de la guerra** (2000), **El campo es santo** (2004) y **Al pie del desierto** (2005).

En 1983 funda y dirige la asociación cultural **Antares, artes y letras**, donde crea, en 1987, **Umbral**, "revista del conocimiento y la ignorancia" y organiza, desde hace cinco años en Cajamarca, el Festival Internacional de Poesía **El Patio Azul**, certamen que lleva a la práctica una idea descentralizadora de la cultura. Profesor visitante en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga en 1998, su ocupación principal es la agricultura. Actualmente, radica en las postrimerías del valle de Ica, donde ha fundado la **Escuela Libre Puerto Huamaní**, uno de los experimentos ecologistas más singulares del Perú.

R



Libro de los gorriones

*Colección de proyectos, argumentos, ideas y planes
de cosas diferentes que se concluyeron o no segun
sople el viento.*

De

Gustavo Adolfo Claudio A. Deaquen.

1868.

Madrid 17 J^{no}.



AGUSTÍN ACOSTA

Agustín Acosta Bello nació en la ciudad de Matanzas, Cuba, el 12 de noviembre de 1886. Su primer trabajo fue el de telegrafista de los ferrocarriles. En 1918 se doctoró en Derecho Civil en la Universidad de La Habana. Ejerció como notario en el municipio matancero de Jagüey Grande.

Fiel a la norma de la intelectualidad cubana de su época, Acosta hizo una intensa vida pública: presidió el Partido Unión Nacionalista, combatió la dictadura de Gerardo Machado y sufrió prisión por ello, fue gobernador interino de la provincia de Matanzas, dirigió la Secretaría de la Presidencia en el gabinete de Carlos Mendieta y ocupó, de 1936 a 1944, un escaño en el Senado. El Congreso de la República le confirió en 1955 el título de Poeta Nacional, que la revolución de Fidel Castro traspasaría *de facto* a Nicolás Guillén.

Acosta publicó versos por primera vez en *Letras y El Fígaro*. Colaboró en otras importantes revistas de la isla –*Orto, Social, Revista de Avance, Bohemia, Carteles*– y en el habanero *Diario de la Marina*, el periódico más antiguo de los que se editaban entonces en América.

Ala (1915) es su libro inicial, al que siguieron *Hermanita* (1923), *La zafra* (1926), *Los camellos distantes* (1936), *Últimos instantes* (1941), *Las islas desoladas* (1943), *Poesías escogidas* (1950), *Poema del centenario* (1953), *Agustín Acosta: sus mejores poesías* [Barcelona, Ed. Bruguera] (1955), *Jesús* (1957) y *Caminos de hierro* (1963).

Agustín Acosta, Regino Boti (1878-1958) y José Manuel Poveda (1888-1926) son las cabezas descollantes del movimiento post-modernista, que marcó cronológica y estéticamente el inicio de la poesía cubana del siglo XX. Acosta nunca abandonó del todo el legado romántico (muy visible en sus monumentales poemas de asuntos patrióticos, que constituyen lo menos atractivo de su obra) ni se libró enteramente del influjo, en ocasiones avasallador, que sobre él ejerció Rubén Darío, razones por las cuales “es el más tradicional de los poetas postmodernistas”, como ha dicho Mihály Dés(*). Su principal aporte a la renovación de la lírica cubana es la emotiva sencillez que domina sus mejores versos —temprano antecedente del coloquialismo de los años 50 y 60—, de la que es ejemplo consumado el soneto “La camisa”; sencillez que le permitió transmitir con soltura y transparencia, tanto en décimas de tono popular como en el extenso poema “Las carretas en la noche”, inquietudes y sentimientos relacionados con el país. Este poema, el más célebre de los suyos, pertenece al libro *La zafra*, que lo vincula a la Vanguardia y por el que es considerado, junto a Regino Pedroso (1896-1983), iniciador de la corriente político-social en la poesía cubana de la República.



Agustín Acosta

Tendría yo ocho o nueve años cuando vi por vez primera a Agustín Acosta. Él era primo hermano de mi abuela paterna, Dolores Bello Casaña, y acompañándola a ella y a mi madre lo visité en su casona de Jagüey Grande, ciudad del sur matancero, entonces rodeada de interminables plantaciones de caña de azúcar. De aquella casa, donde vivía y tenía su bufete de notario, recuerdo nítidamente el patio central, desbordante de luz y verdor, y también de gallinas, y una abrumadora biblioteca que provocó alguna zozobra en el niño que era yo. Estuve con el tío Agustín por última vez en 1970. Entonces él me visitó a mí en mi casa de La Habana. En aquella ocasión me contó que en 1910 había visto en el habanero Hotel Inglaterra a Rubén Darío, pero de espaldas, sólo de espaldas, porque no se atrevió a acercársele y saludarlo. En 1973, el viejo Poeta Nacional destronado se fue al exilio. Murió en Miami el 12 de marzo de 1979.

(*) Mihály Dés, *Noche insular. Antología de la poesía cubana*, Barcelona, Ed. Lumen, 1993, p. 197.

SINFONÍA EN VERDE

Tengo llena de verde la pupila:
verde de campo, de tus ojos, verde
de mar y de esperanza, en el que pinta
rosas de amor tu hermana Primavera...
¿Será mi corazón una esmeralda
bajo la sideral luz de tus ojos?
Sospecho que su dulce maleficio
cae sobre él de igual manera que
sobre un lago la irreal luz de la luna...
Amo todo lo verde porque trae
hasta mi corazón y mi memoria
el recuerdo inefable de tus ojos...!
Amo el limo de los viejos estanques,
y los húmedos muros donde ha puesto
la lluvia un verde terciopelo antiguo.
Y los ojos felinos –las del odio
y el misterio sonámbulas pupilas–
amo también, por la obsidiana húmeda
que desprende vivaz chispa de oro
en el minuto urgente en que se cumple
–lascivo ardor– la gran ley de la vida...!
Verde de los capullos en la flora,
dulce como la infancia... Y agresivo
verdor de cardos que la planta hieren
en la agria soledad de los caminos...
(Causa altísima, oh Dios, que amar me hace
la indignidad discreta de las cosas
cuando ostentan la magia del sereno
calor de sus pupilas adoradas...!)
Desdichado Lorrain, para quien nunca
florecieron los pálidos nelumbios
que en sueños, una vez, vio tembloroso
en los trágicos ojos de Astartea...!
No por su alcohol, ni por su literario
y triste influjo sobre los poetas,
amo el ajenjo turbador, que evoca
el diáfano verdor de tu pupila;
sino por la diabólica quimera
de ver en el ajenjo diluida

la pálida esmeralda de tus ojos...!
Oh, tus ojos de menta, donde esclavo
mi corazón percibe el alimento
de tu fascinadora gracia ingenua!
Y como en una nebulosa –astro
perdido en un sutil polvillo de oro–
marcho hacia el gran laurel, hacia la gloria,
no por ser gloria, sino porque ostenta
el amoroso verde de tus ojos...!

DE PASEO

Bajo el alón plumado de amplísimo sombrero,
inquieres la presencia de una altiva figura
que ha de cruzar contigo las dudas del sendero
lleno de regocijo o lleno de amargura...

Acércome a tu lado... Tu frente pensativa
del interior instante las ansiedades pierde.
Tu cuerpo agita un raro temblor de sensitiva
bajo el redondo palio de tu sombrilla verde.

Tienes algo de Londres, pero mucho de Francia:
una suma realeza y una noble elegancia
palpitan en la seda de tu vestido gris.

Yo te contemplo, absorto, y en mi entusiasmo creo
que eres una duquesa que sale de paseo
hacia las pintorescas afueras de París...

CLEPTÓMANA

Era una cleptómana de bellas fruslerías;
robaba por un goce de estética emoción...

Linda facinerosa de cuyas fechorías
jamás supo el severo juzgado de instrucción...

La sorprendí una tarde, en un comercio antiguo,
hurtando un caprichoso frasquito de cristal
que tuvo esencias raras... En su mirar ambiguo
relampagueó un oculto destello de ideal...

Se hizo mi camarada para cosas secretas
—cosas que sólo saben mujeres y poetas—;
pero llegó a tal punto su indómita afición,

que perturbó la calma de mis serenos días...
Era una cleptómana de bellas fruslerías,
¡y, sin embargo, quiso robarme el corazón...!

MI CAMISA

Esta camisa blanca que mi madre ha zurcido,
tan llena del aroma íntimo de mi casa,
tiene una santidad cuyo oculto sentido
ni envejece ni pasa...!

Yo podré ser mañana un hombre potentado,
sin soberbias ridículas y sin turbios sonrojos.
A estos días de ahora llamaré mi pasado,
y una lágrima triste caerá de mis ojos.

Mi pasado! Oh qué dulce me será todo esto!
En el viejo horizonte ya mi sol se habrá puesto,
y yo despreciaré honores y fortuna...

Acaso esté de sedas riquísimas vestido;
mas como esta camisa que mi madre ha zurcido,
no me pondré ninguna...!

LA PIEDRA DESNUDA

Vine a decirte adiós, piedra desnuda.
Te quedas sola en medio de la noche.
Muchas veces en ti recliné mi cabeza
y tuve el sueño de Jacob. Ahora,
al continuar el viaje, no me llevo
sino la huella roja de tu arruga
en la mejilla. Soy agradecido.
Las suaves almohadas no me han dado
sino plácidos sueños, enervantes
apreciaciones de la vida. Hacía
falta a mi voluntad tu agria dureza.
Tal vez eres la misma que a Jacob
le dio el bíblico sueño, y en tu entraña,
como un raro metal, duermes el augurio.
Te quedas sola en medio de la noche...
Vengo a decirte adiós, piedra desnuda...!

ABANDONADA A SU DOLOR...

Abandonada a su dolor, un día
en que la sombra la envolvió en su velo,
me dijo el corazón que ella vendría
en el milagro espiritual de un vuelo.

Abrí los pabellones solitarios;
iluminé los vastos corredores;
quemé la mirra de los incensarios
y el frío mármol alfombré de flores...

Llegó cansada de volar... Yo dije:
–Alma, mujer inspiradora: rige
mi vida entera para siempre. Arde

como la mirra el corazón que inmolo...
Amor no llega demasiado tarde
a quien se siente demasiado solo...!

LA PALABRA BRUMOSA

Tengo el decir enfermo de una niebla lejana,
oh Dios, y se me torna de humo la palabra.

Yo la deseo límpida... Yo la ambiciono diáfana...
El valle tiene nieblas y lo veo a mis plantas.

Sol, oh sol, oh sol mío! Necesito tu cálida
vibración. Tengo enferma la luz de la palabra;

de mí sale brumosa, y yo la quiero diáfana;
la concibo de oro y la expreso de plata.

Y no quiero, no quiero que jamás mi palabra
sea el humo que expela una hoguera lejana...

EX ~ LIBRIS

Necesidad de hacer música mía,
y de arrancarme hojas
en un otoño voluntario! Inmensa
necesidad de ser envuelto en ondas
de músicas que digan el secreto
que callan las palabras, las sinuosas
palabras —oh serpientes, oh caminos!—
que al parecer salen del alma, pero
dentro se quedan y la ahogan.
¿Y mi grito de ayer? Le puse al piano
una sordina espiritual, y ahora
sólo sabe quejarse con sonrisas
que desdeñan la gloria.
Quiero que ahonde el cauce de mi río
una vena potente, y que las ondas
lleven al mar de lo infinito el eco
de lo que nunca será dicho. Flotan
sobre mis aguas mástiles que un día

apuntaron al cielo, en las auroras
advenedizas; ellos no quisieron
herir el cielo, pero sí la pompa,
al corazón y al pensamiento extraña!
–Es la hora –me dicen– es la hora...
¿Es la hora de qué? ¿De qué es la hora?
¿Quién sabe, bajo el sol, cuál es su hora?
Es la hora de estar quietos. ¿Se escucha
alguna voz que nos responda
al llamamiento sin palabras
que dirigimos a las sombras?
He dicho que no soy fuego de pira,
y espero que las últimas escorias
se desparramen en el viento, vuelen
con alas muertas –tristes mariposas
sin vida y sin calor– y se extravíen
por lo infinito, donde están las sombras
queriendo hacerse luz. También he dicho
que soy en mí como es en sí la sombra:
causa de luz y efecto de sí misma.
Ved cómo, siendo sombra, soy aurora!
Resumen: mi ideal bien poco pide:
ser música de mí, música sorda.
Ex – libris del ensueño: un árbol verde
y una paloma.

A LA BANDERA CUBANA

Gallarda, hermosa, triunfal,
tras de múltiples afrentas,
de la patria representas
el romántico ideal...!
Cuando agitas tu cendal
–sueño eterno de Martí–
tal emoción siento en mí,
que indago al celeste velo
si en ti se prolonga el cielo
o el cielo surge de ti...!

PÓRTICO (fragmento)

Musa patria: pon a tono
con la autóctona belleza
la anacrónica realeza
de tu manto y de tu trono.
No es el perpetuo abandono
de tu púrpura elegida:
es la emoción sorprendida
que, en esa púrpura santa,
borda una estrella que canta
la afirmación de la vida.

[...]

Aquí la paz me saluda
junto a la verde campiña,
y mi corazón se aniña,
se entenece y se desnuda.
Me escuda el monte, me escuda
este instante de la Historia
en que, bajo un sol de gloria,
surge el ingenio* acerado:
gigantesco acorazado
de una marina ilusoria!

[...]

Las lluvias primaverales,
después de un áspero invierno,
pintaron de verde tierno
los nuevos cañaverales.
El agua torció raudales
por los declives del suelo;
la lluvia en límpido velo
cayó en largas hebras finas
como cañas cristalinas
de las colonias** del cielo.

* Fábrica de azúcar.

** Plantaciones cañeras

HUERTO CERRADO

Cada vez que hago bien, oh corazón, me invade
una dulzura fresca, cuya virtud comprendo;
veo dulces sonrisas en bocas que no existen,
y manos invisibles que me están aplaudiendo.

Oh gozo, oh incomparable fruición, oh silencioso
júbilo! El corazón de penas se despoja,
y no viene el otoño con su ráfaga cruda
a esperar la caída de la última hoja.

Y sentir que unas manos me expresan gratitud,
y ver que en los risueños ojos menesterosos
hay yo no sé qué alma arrojándome pétalos
sobre tantos caminos oscuros y sinuosos.

Y saber, oh saber que no soy maldecido,
que mi nombre, por bocas ajenas pronunciado,
deja buenos recuerdos en las almas que un día
recibieron un lirio de mi huerto cerrado!

LAS CARRETAS EN LA NOCHE

Mientras lentamente los bueyes caminan,
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Lentas van formando largas teorías
por las guardarrayas y las serventías...

Vadean arroyos, cruzan las montañas
llevando el futuro de Cuba en las cañas...

Van hacia el coloso de hierro cercano:
van hacia el ingenio norteamericano...

Y como quejándose cuando a él se avecinan,
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Espectral cortejo de incierta fortuna,
bajo el resplandor de caña de la luna...!

Dando tropezones, a oscuras, avanza
el fantasmagórico convoy de esperanza.

La yunta guiadora de la cuerda tira,
mientras el guajiro canta su guajira...

Ovillo de amores que se desarrolla
en la melancólica décima criolla:

“Hoy no saliste al portal
cuando a caballo pasé:
guajira: no sé por qué
te estás portando muy mal...”

Y al son de estos versos rechinan inquietas
con su dulce carga las viejas carretas...

“En el verde platanal
hoy vi una sombra correr:
mucho tendrá que temer
quien te me quiera robar,
que ya yo tengo un altar
para hacerte mi mujer”.

En bruscos vaivenes se agachan, se empinan...
las viejas carretas rechinan... rechinan...

Las ruedas enormes, pesadas, se atascan...
Los bueyes se lamen los morros y mascan...

Jura el carretero, maldice, blasfema,
y cada palabra es un anatema...

Detiéndose el tardo cortejo a ayudar
a quien paso libre tiene que dejar.

Aquí de las piedras que calcen las ruedas,
los troncos robados a las arboledas...

El esfuerzo inútil y la imprecación...
La frase soez y la maldición...

Oh guajiro... y mientras a gritos maldices,
los bueyes se lamen las anchas narices...!

Al fin sobre firme terreno ha rodado
el carro de caña de azúcar cargado.

Y de otra carreta sale una canción
que exorciza el eco de la maldición:

“Yo nunca podré aspirar
a darte un beso de amor:
tú conoces mi dolor
y no lo quieres calmar”.

Y al son de estos versos rechinan inquietas
las tardas, las viejas carretas...

“Te vas al pueblo a bailar
y no te acuerdas de mí;
de mí que me quedo aquí,
y que como buen poeta
te dedico esta cuarteta
que he sacado para ti”.

En bruscos vaivenes se agachan, se empinan...
las viejas carretas rechinan... rechinan...

El ingenio anuncia cambio de faena
con un prolongado toque de sirena.

Y a través de sombras fantásticas brilla
como gigantesca lámpara amarilla,

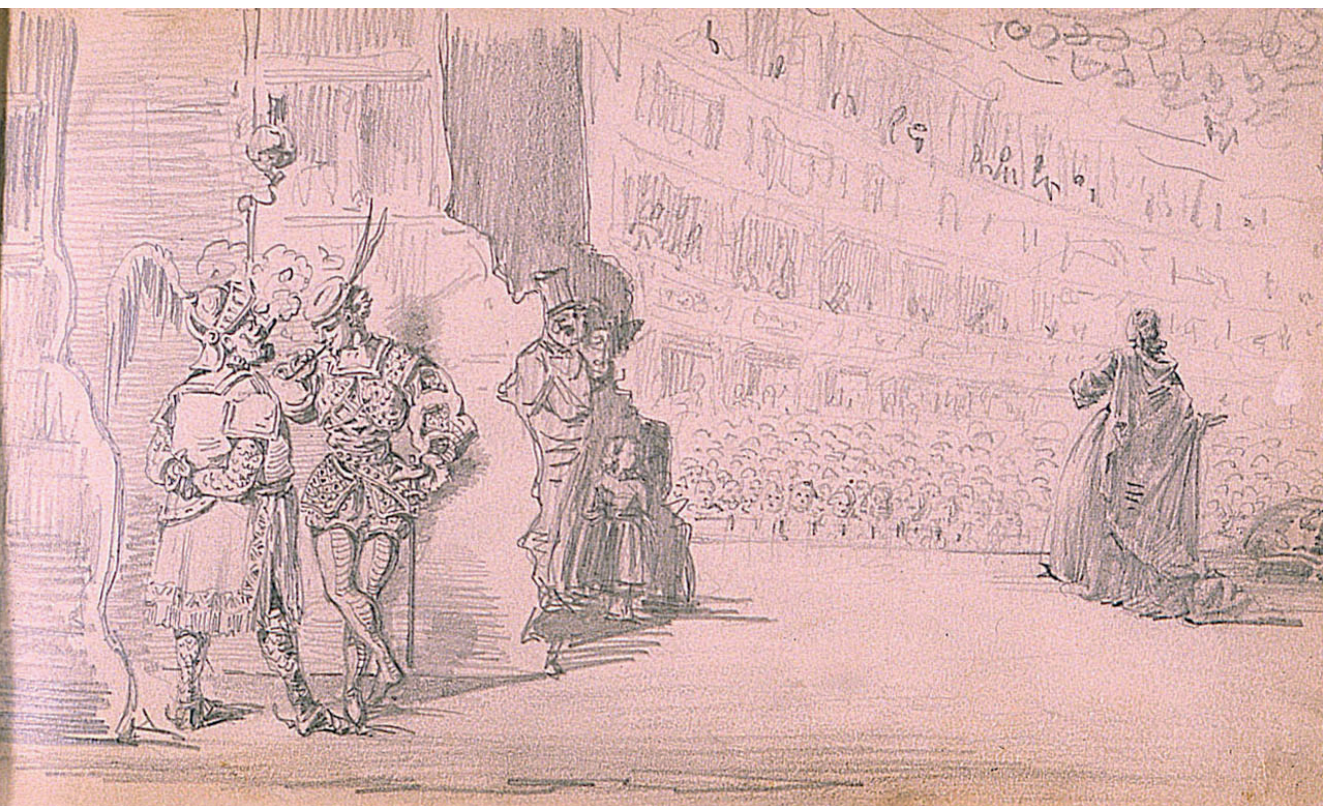
soplando cautivos vapores rugientes
hacia los irónicos astros esplendentes.

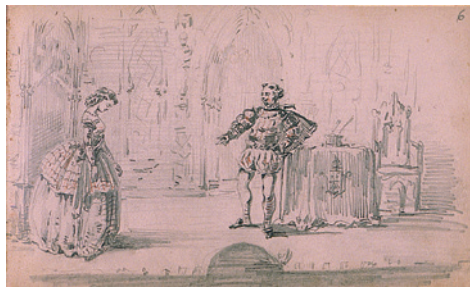
Por las guardarrayas y las serventías
forman las carretas largas teorías...

Vadean arroyos... cruzan las montañas
llevando la suerte de Cuba en las cañas...

Van hacia el coloso de hierro cercano:
van hacia el ingenio norteamericano,

y como quejándose cuando a él se avecinan,
cargadas, pesadas, repletas,
¡con cuántas cubanas razones rechinan
las viejas carretas...!







ROBINSON QUINTERO OSSA

HOMBRE QUE PASA

El hombre que pasa y es sólo una mirada
¿de qué lugar viene
qué amigos frecuenta
por cuántos hijos ríe
de cuántos muertos vuelve?

El hombre que pasa y es sólo un gesto
¿qué oficio desempeña
qué moral defiende
a qué edad marcha en este intrincado camino
de mañana?

Yo lo veo seguir sin saludarme
sin despedirse
confundiéndose entre la gente después de ser yo
para él
lo mismo:

el hombre que pasa y es sólo una mirada.

POESÍA EN EL CUARTO

Una leve brizna de hierba me acompaña
sólo ella para la noche
suspendida en un jarrón sobre la mesa
Miro su verde pelusa
el frágil tallo que se balancea
su misterio sin perfume
sin ostentación
que nada diría en el tramado de los pastizales
Sin embargo vela conmigo
lleva la fatigosa soledad liviana
esta leve brizna de hierba
suspendida en un jarrón sobre la mesa

TRES ÁRBOLES

(Invocación en la muerte de mis hermanos)

Señor
de los tres dejas el de tronco
menos fuerte
el de frutos tardíos
el de más débil fronda
Afianza mis raíces
cuida mi savia
permite que lleguen pájaros
y que canten
para que los que vengan
disfruten de mi sombra

PERRO

Un perro está contento porque amaneció:
ladra
recio ladra al cielo muy alto
pasea entre las gentes
y le hace fiestas a la mañana
El callejero que pasó la noche entre zaguanes
en el frío quicio de las puertas
o vagando los andenes
se hace oír
retoza feliz de ver el sol
de escarbar la hierba fresca
de caminar otra vez al lado de los hombres
Igual yo
después de una azarosa noche
vagando sin rumbo
agradezco el anuncio de la luz
mi parte de contento

Como ese perro que campea
y es feliz
vuelvo mi latido al mundo

MUCHACHA A LA QUE LEVANTA LA FALDA EL VIENTO

Gira sonrojada en su torbellino
danza en una nube de arrebató
indefensa en el ventarrón:

rosa eres
abierta de pronto en medio de la calle

ALUMBRAMIENTO

De niño yo intentaba tocar con mi mano
tendida en la oscuridad
la pared junto a mi cama
cuando despertaba con miedo.

Adentro los ojos abiertos en el resto del silencio
temerosos de mirar
y afuera la mano extendida
buscando el asidero.

Como si desde el comienzo me hubieran
abandonado en medio de la noche
Como si viniera desde siempre extraviado
de la mano de alguien.

APARICIÓN

Hoy me entreví como un desaparecido
Hoy no me vi entre los míos.

Algo sucedió
Alguien vino por mí
Alguien me dejó sin sentido.

Me busqué en el rastro que dejo
en la sábana
en la huella de la mano en el primer asidero.

Tal vez fui y volví
pero no me di por enterado.

¿Dónde estuve?
¿A dónde me llevaron?
Y mi nuca pendiendo de un hilo
y mi palabra sin aire.

No me vi en el agua
No apreté las manos de mis hijos
No reí entre los amigos
No fui palpable.

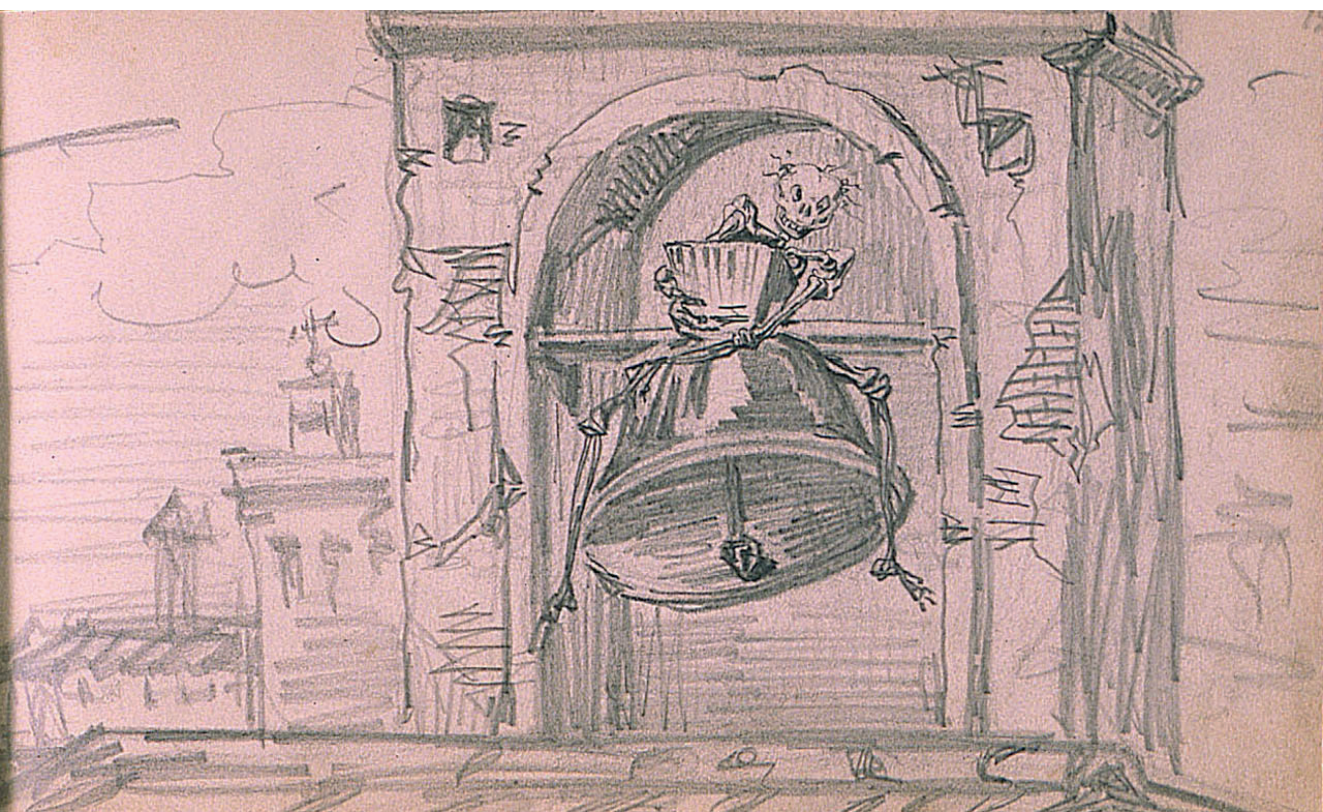
Y nadie dio noticia de mi rastro
Y nadie alcanzó a ver en el contraluz.

ALTO AHÍ

El amor es un atracador
No sabes en qué momento te asalta
ni en qué lugar
ni de qué modo
ni con qué porqués

El amor es un atracador
Y sabes que no pide la bolsa
sino la vida
No se conforma
con cosas de valía
el amor

Y desconoces si lo volverás a ver
Y desconoces si te devolverá lo hurtado
Agazapado en la sombra
está el ladrón
que te asaltará la vida





HUMBERTO AK'ABAL

Humberto Ak'abal (Momostenango, Totonicapán, Guatemala, 1952) habla, lee y escribe maya-k'iche' y español. Autodidacta, ha publicado los siguientes libros de poesía: *El animalero* (Guatemala, 1990, 1995), *Guardián de la caída de agua* (nominado el libro del año y galardonado con el Quetzal de Oro por la Asociación de Periodistas de Guatemala, 1993, 1994, 1996, 2000), *Hojas del árbol pajarero* (México, 1995, 1999), *Lluvia de luna en la cipresalada* (Guatemala, 1996, 2000), *Retoño salvaje* (México, 1997), *Desnuda como la primera vez* (México, 1998, Guatemala 2000, 2004.), *Con los ojos después del mar* (México, 2000), *Gaviota y sueño* (Guatemala, 2000), *Ovillo de seda* (Guatemala, 2000), *Detrás de las golondrinas* (México, 2002), *Oscureciendo* (Guatemala, 2002) y *Grito* (Guatemala, 2004). En España contamos con las antologías *Saq'irisanik / Cielo amarillo* (CEDMA, col. Maremoto, Málaga, 2000) y *Todo tiene habla* (selección de Francisco José Cruz, col. Palimpsesto, Carmona, 2000).

Traducido al inglés, francés, alemán, italiano, holandés, portugués, hebreo, vietnamita..., es también autor de un libro de cuentos, *Grito en la sombra* (Guatemala, 2001), del que tiene una versión aumentada aún inédita, *De este lado del puente*. A este libro pertenece "La línea del tren", relato que damos a conocer en estas páginas.

En 1995 obtuvo el Diploma Emeretissimum por la facultad de Humanidades de la Universidad San Carlos de Guatemala y ha recibido el Premio Internacional de Poesía Blaise Cendrars (Neuchâtel, Suiza, 1997), el Premio Continental Canto de América (UNESCO, México, 1998), Medalla del Milenio 2003, por la Asociación

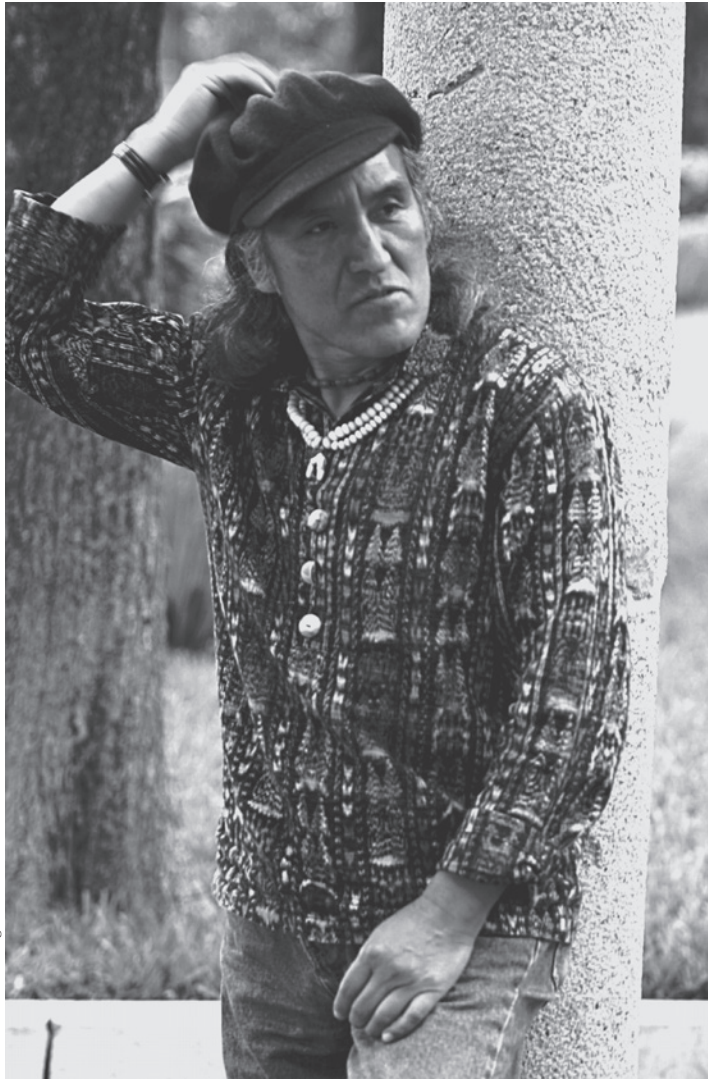


Foto: Celso Rodríguez

Humberto Ak'abal

Cultural “Vicanta Lapparra” de Guatemala. y el Premio Internacional de Poesía Pier Paolo Pasolini (Roma, Italia. 2004). En 2005, el Ministerio de Cultura y Comunicación de Francia lo condecoró Caballero en la Orden de las Artes y las Letras.

En 2004 rechazó el Premio Nacional de Literatura “Miguel Ángel Asturias” por llevar el nombre del autor que escribió “El problema social del indio”, tesis de grado cuyos evidentes signos de racismo ofenden a los pueblos indígenas de Guatemala y que el propio Miguel Ángel Asturias reeditó en su madurez sin rectificarla.

En 2001, con motivo de la presentación de *Palimpsesto 16* y de su antología *Todo tiene habla*, Humberto Ak'abal visitó Carmona y dio una lectura en la Biblioteca Municipal José María Requena.

“Un fuego que se quema a sí mismo” y “Mi cabello” fueron leídos por su autor en el segundo encuentro *Sevilla, Casa de los Poetas*, celebrado en la capital hispanense en noviembre de 2005 y se publican aquí por primera vez.

UN FUEGO QUE SE QUEMA ASÍ MISMO

Mis poemas sólo son hechos humanos: algunos son pinceladas de paisajes, otros son poema-relato, uno que otro con alguna metáfora lograda y las onomatopéyas son un intento de pintura hablada, este es un recurso que tomo directamente de mi lengua materna. Mis textos son breves y escritos de manera sencilla sin rebuscamientos de lenguaje, hablo de lo que está al alcance de mis ojos, de mis oídos, de mis recuerdos... No he descubierto nada nuevo, sé que mi modesto tejido de palabras no hubiera sido posible sin una oralidad, sin una literatura anterior y sin los consejos de grandes amigos. Mis poemas intentan mantener el mismo tono platicador de un día cualquiera en las calles o en la plaza del pueblo, así como un apretón de manos o una palmada al hombro. La mirada de un niño en las palabras de un hombre.

A pesar de poner todo mi esfuerzo en ellos, siempre me queda la angustia de un vacío, de un "algo" que no pude arrancar de mí mismo. Después de publicados y volver a encontrarme con ellos, por alguna razón que no sé explicar me duelen y no sé cómo comportarme frente a mi propio trabajo; soy un fuego que se quema a sí mismo.

La escuela de mi habla es el pueblo, quien se interne en mi poesía no encontrará calzadas sino caminos y veredas de tierra, mi voz es de maíz, en ella no hay jaulas porque sus pájaros son libres, los animales mantienen su salvaje belleza, los frutos no son cortados antes de tiempo y sus espantos caminan descalzos.

Mis poemas son hablados y algunos los canto, escribo perpendicular a mí tiempo, busco mis propias profundidades, aprovecho los acontecimientos cotidianos, echo una mirada a las cosas desde cualquier recodo de los caminos y le saco provecho a las cosas sencillas.

Es verdad que escribo para mí, pero también para quienes quieran leerme (de lo contrario no publicaría). Ritos, mitos, costumbres y tradiciones entrelazo en mis versos, con el miedo de que estas manifestaciones en el futuro ya no estarán más, que desaparecerán total o parcialmente o que, como consecuencia de la evolución de los tiempos se modifiquen; aunque mi deseo es que ese futuro sea lo más remoto posible.

Creo en los sueños, mi vida está muy ligada a su significado y simbología, mi guía en la interpretación de los mismos sigue siendo lo aprendido de las enseñanzas de mis abuelos, dejo claro que todo esto es en relación con mi persona, no soy adivino ni leo el futuro de nadie. Los sueños también son un recurso en mi poesía.

Mis textos publicados en forma bilingüe y que yo mismo he traducido al español, tienen en algún momento giros o licencias en su conformación porque en ambas lenguas hago la alfarería de mis poemas, las moldeo hasta encontrar, en la medida de lo posible, lo que deseo o lo que quiero. Si otra persona los tradujera seguramente tendría diferencias, la lengua k'iche' es muy rica y en cada hablante florece de manera distinta; compartir una lengua no necesariamente significa que todos miremos las cosas igual.

Una vez perdidas nuestras formas de escritura, con el tiempo se han venido haciendo esfuerzos para forzar los caracteres latinos para darle forma escrita a nuestros idiomas: aún no hay un total acuerdo entre las diferentes escuelas y academias para establecer una manera definitiva de escribirlas, así que mientras tanto, me guío por el sentido común y escribo. Con esto, dejo claro que mi escritura k'iche' tiene carencias, ya lo he dicho en otras oportunidades: soy un aprendiz de escritor en mi propia lengua y también en castellano.

Soy un cantor maya-k'iche' de este tiempo, no escribo poesía histórica ni hago arqueología poética, esta poesía es, según yo, el espejo de mí mismo, el reflejo de mi modo de sentir, por lo que la lengua en la que se transmite es solo el agente portador de una manera de concebir lo que me rodea. Sé que mis recursos son modestos, no soy poeta de vuelo alto, mi poesía se gesta en el campo, no conocí talleres y me guío más por el instinto que por la cabeza.

Cuando era niño hablaba un español rudimentario y no podía pensar en esta lengua, mis respuestas siempre las pensaba en k'iche' y mentalmente las traducía al español, esto me causaba muchos problemas. Con el paso del tiempo he aprendido a usarlas independientes, hoy puedo hacer la diferencia entre las dos lenguas, cuando hablo maya-k'iche' pienso en maya-k'iche', y cuando hablo en español pienso en español.

42

Mi formación autodidacta de la literatura universal ha sido a través de los libros en español, el esfuerzo por aprender a pensar en este idioma me ha servido también para comprender desde otro ángulo a mi propia gente, es como verme de espaldas o verme de lejos, el bilingüismo me ha dado la oportunidad de ver mi entorno desde otra perspectiva, de allí que cuando uso el idioma español para comunicar lo que siento estoy conciente que esto no me hace menos k'iche' ni

mejor escritor. No tengo ningún complejo porque me sirvo de igual manera de las dos lenguas, cada una en su sitio, hablo maya-k'iche' en mi pueblo, con mi gente, con quien lo hable o con quien quiera escucharla; y en español con los hablantes de esta lengua.

Sé que esto no es un gran descubrimiento, sencillamente comparto la manera de cómo encamino mis esfuerzos por dejar testimonio de mis intentos por mantener el sentido de la proporción en el empleo de las dos lenguas, cada una con su riqueza y sus posibilidades, y en algún momento se funden en mí, alimentándose una a la otra: así que quizá yo no sólo sea un escritor con influencias sino también de confluencias.

A veces me pregunto qué es más importante, la lengua en la que se escribe o la voz del que habla; yo no tengo la respuesta. Sólo sé decir que cuando de mis sentimientos se trata, tengo más confianza en mi lengua materna.

Y me llamo Humberto, esta costumbre de usar nombres ajenos a nuestras lenguas data de la llegada de los castellanos a nuestras tierras: la iglesia católica impuso para este efecto su calendario santoral. No opté por un seudónimo porque no se me ocurrió, así que me eché a la calle con nombres y apellidos reales, tampoco he pensado en ponerme un sobrenombre maya como algunos lo hacen porque a mí eso no me dice nada, creo más en la humildad de aceptarse como uno es, ya que no es el nombre el que hace a la persona. Afortunadamente conservo como apellido mi nombre originario Ak'abal (porque esto también lo manosearon los castellanos). Ak'abal es el nombre de uno de los días del Calendario ceremonial de la luna, se traduce como "aurora", y aunque no suene bien la combinación de un nombre latino con un nombre maya, no es mi culpa y no me avergüenzo.

Y finalmente, una confesión más, hay días en que me siento enamorado de mis textos y otras veces los veo insignificantes y sufro mucho porque no tengo el valor de echarlos a la basura o quemarlos, esta lucha interior es terrible...

A pesar de todo, los quiero y salimos a pasear juntos, algunas veces reímos y otras veces lloramos. Esta poesía está hecha con honestidad.



LA LÍNEA DEL TREN

Cada vez que ganaba unos centavos, sin pensarlo mucho iba a la cantina y se ponía a beber. De aquella semana que ahora recuerdo, él llevaba cinco días de beber y yo dos de no comer.

Era viernes. Lo recuerdo bien, porque al pueblo sólo iban buses tres veces por semana: martes, viernes y sábado. Y aquel viernes, muy de madrugada comencé a despertarlo, a sacudirlo. Nos alojábamos en una paupérrima pensión que se llamaba “El pasajero”, dormíamos sobre una tarima de tablas. Le hablé, le grité al oído, hasta que conseguí que me escuchara; le dije que deberíamos volver a casa. Como saliendo debajo de una nube comprendió lejanamente, con mucho esfuerzo comenzó a levantarse.

- ¿En dónde está mi sombrero?
- Aquí está, déjeme ponérselo.

Se levantó de la tarima apoyándose en la pared. Amarré un pequeño tanate con nuestras miserias y puse en él, los últimos dos quetzales que yo había guardado para pagar los pasajes.

Amanecía. Salimos rumbo a la Terminal de buses. Mi padre zigzagueaba por el camino, por ratos se detenía y por ratos se recostaba contra alguno de los árboles que había a lo largo del callejón San Gaspar. Después de caminar cuatro o cinco cuadras, llegamos a un terreno baldío por donde pasaba la línea del tren. El amanecer clareaba, el sol comenzaba su camino. Bostezos y estornudos, la gente corría tratando de ganarle tiempo al reloj.

- Voy a descansar un rato.
- Aquí no, porque puede venir el tren...

No me hizo caso, se sentó sobre los durmientes que cargaban los rieles del ferrocarril. El calor del sol lo relajó, se acostó y se durmió. A mí me agarró una gran angustia y le pedía a gritos que se levantara, que siguiéramos nuestro camino, que poco faltaba para llegar a donde estaba estacionado el bus... Le gritaba llorando para que me hiciera caso, pero él estaba pesadamente dormido. Intenté varias ve-

ces arrastrarlo pero, mis fuerzas no eran suficientes; la gente pasaba corriendo a nuestro lado y nadie me daba una mano... Yo tenía mucho miedo porque sabía que de un momento a otro pasaría el tren.

Mi padre seguía durmiendo, ajeno al peligro que se acercaba...

Se me ocurrió ir al bus para dejar allí la maleta y luego volver por él, así podría usar mis dos brazos para levantarlo. Fui al bus y dejé la maleta. Justo cuando volvía a buscarlo escuché el pito del tren. Fue como un aullido de coyote que me heló el alma. Sentí dentro de mi corazón un dolor agudo y grité, lloré a voz en grito llamando a mi papá... Y comencé a correr. Cuando finalmente llegué a la línea del tren, él ya no estaba, lo busqué por todos lados y ya no lo hallé. El sitio desolado me oprimió más el corazón. Corrí de un lado a otro y no vi a nadie. Me quedé parado con los brazos cruzados sobre el pecho. Luego decidí volver al bus para irme a casa y contarle a mamá que mi padre había desaparecido. Cuando llegué al estacionamiento, el bus ya se había ido. Me quedé solo, sin mi chaqueta y sin los dos quetzales. Las lágrimas rociaron mi desconuelo. Nadie, ni una voz, ni una mano. Sentía miedo, tenía hambre. Decidí volver a la pensión con una llama de esperanza en el alma.

Volví a pasar por la línea del tren y descubrí un charco de sangre ¿Estaba esto antes..., por qué no lo vi...? Había grandes manchas de sangre a lo largo de la línea. No pude llorar más, me arrodillé y comencé a juntar un poco de tierra manchada de sangre y la envolví en un pañuelo que tenía en mis bolsillos. Pensé que sería una muestra para llevárselo a mi madre y tal vez lo llevaríamos a enterrar al cementerio.

Yo tenía un nudo en la garganta, mi corazón parecía un animal loco dentro de mi pecho. No sé cuánto tiempo hice para llegar a la pensión, me pesaban los pies, me faltaba el aire... Pasaba el mediodía, aún llevaba en mi corazón la esperanza de que él estuviera allí. Pregunté si había vuelto y me dijeron que no. Cómo desee tener alas y volar y contarle a mi madre lo que había pasado. La tarde llegó más pronto que de costumbre. La noche me daba miedo. ¿En dónde dormiría? Yo estaba agotado, las piernas me temblaban, comencé a sentir frío. Me senté en el umbral de la puerta de entrada de la pensión. Enfrente habían dos o tres prostíbulos, las rockolas comenzaron a retumbar sus rancheras; las mujeres salían a pararse a la puerta casi desnudas. A la acera llegó una señora cargando una mesita y un saco de carbón. Se instaló, prendió fuego a sus carbones y comenzó a cocinar; sentí el olor a chorizos, huevos y frijoles fritos. Yo no tenía ni un centavo para comprarme un bocado. Llegaron dos camareros semiborrachos y pidieron de comer, cuando se retiraron, me acerqué y tomé los sobrantes y me los comí.

La noche avanzaba, uno de los muchachos que trabajaba en la pensión me dijo que era peligroso que yo me quedara en la calle; me invitó a entrar y me ofreció el fondo del corredor. Allí habían periódicos viejos y sacos de brin: los usé como chamarras. Ya entrada la madrugada comenzó a llover y salpicaba fuerte hacia el corredor, me levanté y amanecí de pie. Muy de mañana volví a la Terminal de buses y le supliqué al chofer del bus para que me llevara al pueblo con la promesa de que mis abuelos le pagarían el pasaje. El viaje que duraba un día me pareció como un parpadeo. Al final de la tarde llegué a casa y encontré a mi madre llorando y al verme me abrazó...

– ¿Estás vivo?

Yo no comprendía el por qué de su pregunta. Entramos a la cocina y me dio a beber un vaso de agua. Yo no sabía cómo decirle lo que había pasado, mi voz temblaba, saqué de mis bolsillos el pañuelo con el poco de tierra mezclada con sangre...

– Ayer mi papá no pudo venir... Los sollozos apagaron mis palabras.

– No te preocupés, mijo, me dijo ella; tu padre llegó esta mañana completamente borracho y no supo decir dónde te dejó, yo estaba a punto de enloquecer pensando en vos, gracias al cielo que regresaste y estás vivo.

Me abrazó con tanta fuerza como para asegurarse de que yo era en verdad en carne y hueso.

Y allí estaba mi padre sobre un petate sepultado en licor, el palpito de su pecho nos decía que seguía vivo...

Yo tenía diez años.

De este lado del puente (inédito)

NUESTRA CASA

Si esa casa no se ha caído,
es porque la abuela
-a pesar de sus años-,
con sus brazos aún la sostiene.

Sobre sus espaldas
se apoya el techo,
y bajo su sombra
aún se puede beber un descanso.

EL TANATE

En mi tanate de recuerdos
llevo un gorrito
que yo mismo hice
con piel de ardilla
curtida con cal,
un pantalón roto,
una camisa desteñida
y la sonrisa de un zapato viejo.

DOS ARAÑAS

Dos arañas
hacían fuerza entre los aros
de las ruedas
de la carreta colorada.

Pasaban resquebrajando
el empedrado de las calles
del matadero al mercado...

Un hombre jalaba
y tres empujaban.

En mi ayer
sigue rodando
la carreta colorada.

RIJA — LA CASA

Uchi' ja
(boca de la casa),
puerta.

Ub'oq'och ja
(ojos de la casa),
ventanas.

Uwi' ja
(cabellos de la casa),
techo.

Raqan ja
(pies de la casa),
corredor.

Utza'n ja
(nariz de la casa),
esquinas.

Upam ja
(estómago de la casa),
interior.

Ja,
casa.

Y SE LO COMIÓ

Aquella mañana
la gata vieja
cazó un pájaro
y se lo comió.

No dejó ni la cola.

MUY PEGADO AL OÍDO

“Me gusta mucho el tono de tu voz,
y aunque fuera
la guía telefónica que tú leyeras
yo estaría contenta”.

A ESCONDIDAS

A escondidas te sueño,
te acaricio,
te beso,
te...

Después
escondo el sueño en una maleta
y salgo a la calle
y sonrío como un imbécil.

CAMINANTE SOLITARIO

A veces me viene en el recuerdo
aquel muchacho
que caminaba solitario
buscando la caída de la tarde.

Arrastraba su sombra
como quien arrastra de la cola
un animal muerto.

CAÍDA SOLA

Que ella se deje comer.

Cuando no soporte más
su propio peso
que se descuelgue de la rama.

Caída sola
la quiero.

Y ESCRIBO

Hoy tengo dos preocupaciones:
el dinero que me falta
para el pan de mi hijo
y la palabra que no llega
para concluir el poema
que nadie me ha pedido.

ENTRE SOMBRAS

Un río encendido
descendía por la pradera
iluminado por la luna llena,
era tan manso ese río
que parecía que iba de regreso.

LA JOROBA

Sus ramas se agacharon tanto
que tocaron la tierra
y echaron raíces.

Hoy, el árbol jorobado,
es un extraño animal
amarrado a la tierra.

UN HOYO

Cuando yo era chiquito
creía que la luna era un hoyo
y que detrás de la noche
había luz.

LA ESTATUA

Con la mirada perdida
-quién sabe si en la distancia

o en la hondura de sus años-;
el viejecito
parecía una estatua tallada
de la misma piedra
de donde estaba sentado.

LA PREGUNTA

-¿Y que tal vos?

-Pues aquí, como el sapo,
cazando moscas...

LA LLUVIA

Cómo me gustaba ver
cuando caía la lluvia
sobre el pueblo...

Esta tarde
tengo el corazón quebrado
y la lluvia duele.

LA PUREZA

La voz de los animales
es el recuerdo
de la pureza del lenguaje.

LA ORILLA DE TUS LABIOS

Y aunque el roce de tus labios
sólo haya sido
como el roce del viento
despeinando la llama de una vela:
me quemaron.

ADIÓS

Dos palomas ahogándose
en el remolino de la distancia:
tus manos diciéndome adiós.

LA PAJARITA

La pajarita
se paró en el balcón
y en su pico llevaba
un manojito de paja.

Vino para mostrar
que se ocupaba del nido,
pensé en ti...

¡Si hubieras estado conmigo
para verla!

Con las pajitas en el pico
parecía una pajarita con bigotes.

DEL VERDE AL AMARILLO

Poco a poco cambiaron
del verde al amarillo
del amarillo al café.

Después ya sólo eran
color de polvo.

Pero no son ellas,
las hojas del cerezo:
soy yo quien está triste.

HILOS DE SOL

Los pájaros cantan
parados en los hilos del sol,
la neblina esparce su peluza
por las orillas de los caminos.

Y ella, descalza, apurada
va al mercado
con su canasto lleno de sueños.

ROTO REMENDADO

Cómo recuerdo los remiendos
que mi madre le hacía a mi ropa.

Me sentía tan orgulloso
que yo creía
que todos me los admiraban.

Cada roto remendado
Era un poco menos de frío.

De Remiendo de media luna (libro inédito)

MI CABELLO

Mis abuelos del lado de mi madre tenían el cabello largo. Lejanamente recuerdo al bisabuelo: su cabello blanco se lo enrollaba alrededor de la coronilla y ponía su sombrero sobre aquel manojito canado.

Mi madre quería que yo siguiera con la tradición de los abuelos. Había algunas razones para tener el cabello largo: evitaba que uno fuera tartamudo, los espantos no lo molestaban y porque para eso le crecía a uno el pelo. Mi mamá me trenzaba, dos trenzas porque mi cabello era abundante, esto duró hasta que cumplí siete años.

Por aquel entonces los maestros salían de casa en casa reclutando niños de edad escolar y quienes se rehusaran llevar a sus hijos a la escuela los ponían en la cárcel. A pesar de esa advertencia muchos padres escondían a sus hijos en pozos secos, en ollas grandes o en la copa de los árboles. La escuela no era bien vista por los ancianos, tenían que fuera un lugar *“donde les abrirían los ojos y los oídos a los niños y que poco a poco irían perdiendo el respeto a sus mayores...”* (al paso de cómo van las cosas me pregunto si no tendrían algo de profético el temor de los abuelos). En fin, los maestros aparecieron detrás de la casa y me echaron el ojo, así que no hubo escapatoria, yo tenía mucho miedo pero mi padre me dio ánimos para ir. Y me llevaron para inscribirme, y aquí el primer problema: el director de la escuela dijo que no me inscribirían en la escuela de varones sino en la de niñas (en aquel entonces sólo habían dos escuelas), e hice mi primer grado en la escuela de niñas. Al año siguiente mis padres insistían en que yo era varón, pero la dirección dijo que no inscribirían a alguien que no parecía hombre, por lo que por primera vez me cortaron el pelo. Mi madre lloró mucho y guardó mis trenzas entre su almohada.

Pasaron los años de la escuela primaria y con ellos terminó mi época de estudiante. Comencé a trabajar para ayudar a mis padres, me olvidé del barbero y me comenzó a crecer el pelo de nuevo. Cuando yo andaba por los diez y siete años mi cabello era ya bastante largo, mi madre estaba contenta porque según ella me parecía mucho al abuelo. Por ese entonces el ejército reclutaba a los muchachos de mi edad para llevárselos al cuartel, se llamaba sarcásticamente *“servicio voluntario de milicia”* (aquello era una cacería criminal y no un reclutamiento: los jóvenes eran apresados los días de mercado, atalayados en los caminos y perseguidos por los barrancos, arrastrados de las orejas, arrastrados del pelo, sacados de sus casas a altas horas de la noche y llevados casi desnudos y acarreados en camiones), y todo aquel que tuviera el cabello largo era seña de que no había prestado servicio militar; y aunque yo no debía hacerlo por impedimento físico, los militares me obligaron a

cortármelo porque según ellos yo no era más que un “amujerado”, y que si no me lo cortaba por mi cuenta que ellos lo harían “*porque los machos tienen que parecer hombres*”. Muy en contra de mi voluntad tuve que visitar otra vez al barbero.

Pasaron seis u ocho años y el pelo inevitablemente me volvió a crecer. Por esos años la guerra interna del país se intensificó y yo tuve que abandonar mi pueblo e ir a la ciudad en busca de trabajo, lo que fuera: barrendero, sirviente, cargador; cualquier trabajo porque yo no era (ni soy) calificado en nada. Y no me daban trabajo “por peludo”, que así parecía vago, charamilero, y que tenía cara de baboso. No tuve más remedio que cortármelo.

Después de trabajar diez años en la ciudad, dejé de ser obrero y regresé a mi pueblo y volví a dejarme crecer el pelo. Por esos días se publicó mi primer libro de poemas y aparecieron por primera vez fotografías mías en los periódicos y aunque parezca broma, algunos “críticos” de literatura guatemalteca saltaron de su sillón, dijeron que yo me había dejado crecer el pelo “*para caerles bien a los europeos*”, para venderme como apache, como sioux, que parecía hippie, etc. (La prensa guarda en sus páginas esos insólitos artículos).

Y hoy que finalmente puedo disfrutar de mi cabello y tenerlo como me dé la gana, no solo ya no me crece sino que ¡se me comienza a caer!



x . . .
x . . . x

7u pupila es azul, y cuando ríes
su claridad suave me recuerda
el tímulo fulgor de la mañana
que en el mar se refleja



7u pupila es azul y cuando lloras
las transparentes lágrimas en ella
se me figuran gotas de rocío
sobre una violeta

7u pupila es azul y si en su fondo
como un punto de luz radia una idea
me parece en el cielo de la tarde
una perdida estrella.

x
x . . . x

Nuestra pasión fue un trágico sainete
en cuya absurda fábula
lo cómico y lo grave confundidos
risas y llanto arrancan

Peró fue lo peor de aquella historia
que al fin de la jornada
a ella tocaron lágrimas y risas
y a mí, solo las lágrimas.



CARMEN NOZAL

DIARIO

Una cama. Un hombre. Una película.

Han pasado tres años, un hijo, varios poemas,
un viaje interior por laberintos, la lluvia,
los amigos, muchas fotografías, párrafos de soledad,
el llanto seco, las plantas, siempre las plantas.

Una cama. Un hombre. Una película.

Y el ataúd de aquellas ilusiones.

NOTA DE BLUES

59

A veces en la vida
uno quisiera arrancarse los ojos;
lanzarlos como dos piedras azules

al fondo del amor. Hundir la luz,
volverse una columna,
desvanecerse, sí, desvanecerse
en las alas inmensas de un ave imaginaria
y desde ti, palabra abierta,
por la que cruza un río
de heridas caudalosas
uno quisiera echarse sin lágrimas a llorar.

Gemiría, entonces, igual que un barco
de sed en medio de la noche. Gemiría
de mar, amor, de estrella rota
y de poema.

A veces en la vida,
cuando la voz, un relámpago, cuando la muerte
uno quisiera apenas balbucear.

UN DÍA

A la memoria de Ricardo, mi amor, el padre de mis hijos

No sé por qué tuviste que morir
justo cuando menos hablabas de la muerte,
cuando veías el mar como una puerta enorme, abierta de noche a día,
cuando tus ojos miraban como por primera vez el cielo azul.

No sé por qué tuvo que ser
cuando nosotros estábamos corriendo libremente por el parque,
jugando con el agua de la fuente
que tú sangraste hasta la última gota del río.

60

No sé por qué dieron las ocho para volver a vernos.
Habíamos quedado en otra cosa.
Nunca dijimos que tú ya no hablarías
y que estarías inmóvil en una cama de hospital.

No sé de qué se trata aún que te hayas muerto.
No sé qué hacer contigo.
Tu cuerpo está en la tierra y yo camino
viendo que las flores siguen creciendo como un mal de amor.

No sé qué hacer contigo,
qué hacer con tus zapatos, mi pena, tu carcajada.
En dónde poner tus ojos.
Quisiera quitar el sol un día sólo.

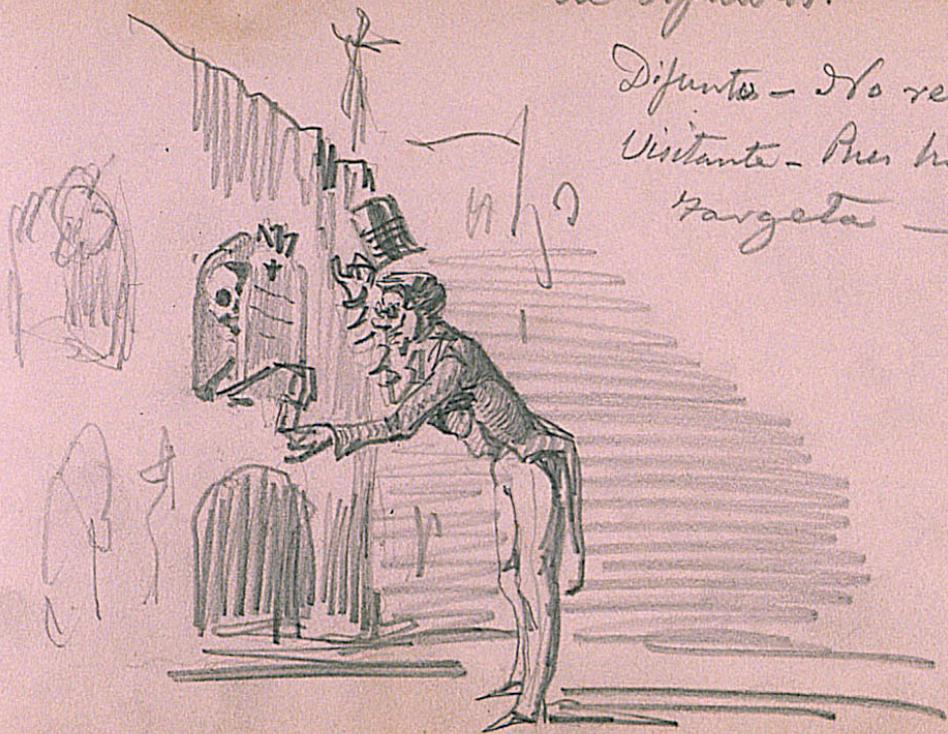


*Carmen Nozal, (Gijón, Asturias, 1964) reside en la Ciudad de México. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM, ha publicado diversos libros de poesía entre los que se cuentan: **Visiones de piedra** (Premio de UNAM, 1991); **Vaga luz** (Premio Nacional de Poesía Elías Nandino, 1992) y **Hacia los flecos del frío** (Premio Nacional de Poesía Salvador Gallardo Dávalos, 1993). Actualmente trabaja como Jefa de Redacción en **VozOtra**, Revista Iberoamericana de Poesía y Crítica.*

uma de defuntos.

Difunto - Não recibo.

Visitante - Mas há queda de
bargeta





JOSÉ BARROETA

José Barroeta (Pampanito, Trujillo. Venezuela, 1942), profesor de literatura de la Universidad de Los Andes y Dr. en Literatura Iberoamericana de la Universidad de París, participó en los grupos y movimientos que animaron la renovación poética en Venezuela en los años sesenta: *Tabla Redonda*, *En HAA*, *Trópico Uno*, *Sol cuello cortado* y *La pandilla Lautrèmont*, entre otros. Ha residido durante largas temporadas en Madrid, Barcelona y París. Su obra poética incluye los poemarios: *Todos han muerto* (1971), *Cartas a la extraña* (1972), *Arte de anochecer* (1975), *Fuerza del día* (1985), *Culpas de Juglar* (1996) y *Obra poética* (2001). Además, sus textos han aparecido en importantes antologías de Latinoamérica, Estados Unidos, Asia y Europa. Entre sus libros de ensayo se destacan: *La hoguera de otra edad* (1982) y *El padre, imagen y retorno* (1992). Su obra ha merecido los premios: Festival Nacional de la Juventud (1968), Pro-Venezuela de Poesía (1974) y Bial de Literatura “Miguel Otero Silva” (1982).

Su escritura ha sido calificada por la crítica como fundamental en el proceso de renovación de la poesía venezolana y latinoamericana, entre otros por Ludovico Silva, Juan Sánchez Peláez, Salvador Garmendia, Eugenio Montejo, Juan Gustavo Cobo Borda y Antonio Cisneros. Margota Carrillo, crítica y ensayista venezolana, ha escrito recientemente que “La lectura que José Barroeta ha hecho del romanticismo europeo, a diferencia de la tradición romántica del continente, es la de un

poeta que va a las fuentes originales de este movimiento de la modernidad, para entonces reescribir una poesía que de igual modo se nutre tanto del pequeño universo de la comarca, como del inmenso legado de la literatura y la cultura universales. De tal forma, la poesía de José Barroeta oscila entre la tradición del paisaje, el color de la tierra o la atmósfera rural y la tradición moderna del romanticismo y del vanguardismo”.



José Barroeta

UNA RUSA

A Luis Camilo Guevara y Víctor Valera Mora

Tania Voroshilov
es la rusa a quien hablo soñando.
El oso de sus pies me seduce y vuélvese nieve
todo el amor.
Todo ha sido soñar y recorrer con ella
la estepa,
todo ha sido echarme en las flautas
de su cabeza.
Todo el cuerpo de Tania Voroshilov lo he conseguido
soñando.
Al apagar la luz de mi cuarto ya la tengo,
cerca de mí, en Leningrado. Y en las aceras de la ciudad
que lleva el nombre del gran jefe,
Tania Voroshilov baila desnuda. Me entrega su iluminado sexo
en forma de alcohol.
Tania Voroshilov es como el nombre de mis lecturas
de los quince años. Allá en la mesa de aldea que humedece
la lluvia,
la foto del camarada Lenin se confundió entre libros
y yo esquié sobre su helada y calva cabeza, siempre tomado
de la mano de Tania Voroshilov.

TODOS HAN MUERTO

Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me consolaba
y estaba segura, como yo,
de que habían muerto todos.

Me acostumbré a la idea de saberlos callados
bajo la tierra.
Al comienzo me pareció duro entender

que mi abuela no trae canastos de higo
y se aburre debajo del mármol.

En el invierno
me tocaba visitar con los demás muchachos
el bosque ruinoso,
sacar pequeños peces del río
y tomar, escuchando, un buen trago.

No recuerdo con exactitud
cuándo empezaron a morir.
Asistía a las ceremonias y me gustaba
colocar flores en la tierra recién removida.

Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me esperaba
dijo que tenía ojeras de abandonado
y le sonreí con la beatitud de quien asiste
a un pueblo donde la muerte va llevándose todo.

Hace ya mucho tiempo que no voy al poblado.
No sé si Eglé siguió la tradición de morir
o aún espera.

De Todos han muerto (1971)

HUERTO DE LECHE

Una vaca pasta.
En el recodo la miro bajar
y siento lamer su cielo de rocío.
Está viva,
tan viva como yo y nada absurda,
limpia y alegre.
Un animal blanco de dios gira en la campiña
su rostro de misterio;
una vaca viva, deseada y hermosa.

La vida y la muerte andan por sus ojos
sin prisa,
se embellecen y pastan delirantes
en ellos.
Mi corazón
mirando la vaca del campo
se ha puesto delicioso.
Yo miro hondo en mí y siento
el paraíso.

De Arte de anochecer (1975)

HOTEL DIEU

(Memoria de un poeta suicida)

Hipertenso
entre una larga cola de sedantes
y astros
reviso mi pobre amor por ti
infierno de plomo avivado por los cosmonautas
que descubrían átomos desviados en tu cabeza.

Tú y yo pertenecemos al claustro, al bajorrelieve,
al patio de un hospital donde las campanas y las
ojivas de Notre-Dame dan de comer a las gallinas
y a las viudas del apocalipsis.

El otoño ha crecido en tus sábanas de enfermo.
Allí los pájaros de mi pórtico saborean fármacos
y dosis neuróticas
vuelan sobre un Sena imaginario donde guardo vituallas
para el último viaje.

Tú sientes como yo el pavor y la alegría del cuerpo
recoges demencia del olvido en tu carne inmediata
en tus sienes de Zaratustra ahumado por la melancolía
y el destino

por la vida que se va con el tren de las seis
hacia un asilo donde tu cabeza es un poema suicida
de un cráneo amarillo que yo recuerdo con exactitud
de un ovillo
mientras las conserjes españolas tejen mis pasos
en los bancos de Luxemburgo.

Ya no te vi más después de los días de hospital.
Tu madre me avisó tu suicidio en una carta imprevista
y recordé algo de tu poema en francés
recordé que tenías 18 años
que te llamabas Levy
que tu locura y tu muerte eran una sombra
una tristeza mía que hoy agita la Osa Mayor del trópico
para que la resurrección no te sorprenda con los vacíos
del otro mundo.

De Culpas de Juglar (1996)

BÉCQUER

Sobre las tejas
con ganas de morir
una golondrina recorre el
mundo.

HÁBITOS

Mi oficio
regentar el vacío
Sólo tengo un pequeño estudio en arriendo
en Mérida
Mis tres hijas hacen y caminan sus sendas
ausentes de mí en eso de sabernos

con hábitos de familia.
Mi hijo muerto yace bajo una lápida
bajo prohibición de que grane en ella
los epitafios que para él soñé
Mis libros formaron un pobre y curvo lomo
de estantería
que algunas veces entre emoción y tragos
salen del escondrijo
y leo perturbado poemas de muerte
amor paisajes y melancolía
Regento un vacío insoportable
doloroso
esperando que mi mujer se acueste
a mi lado
recién bañada
o
diga

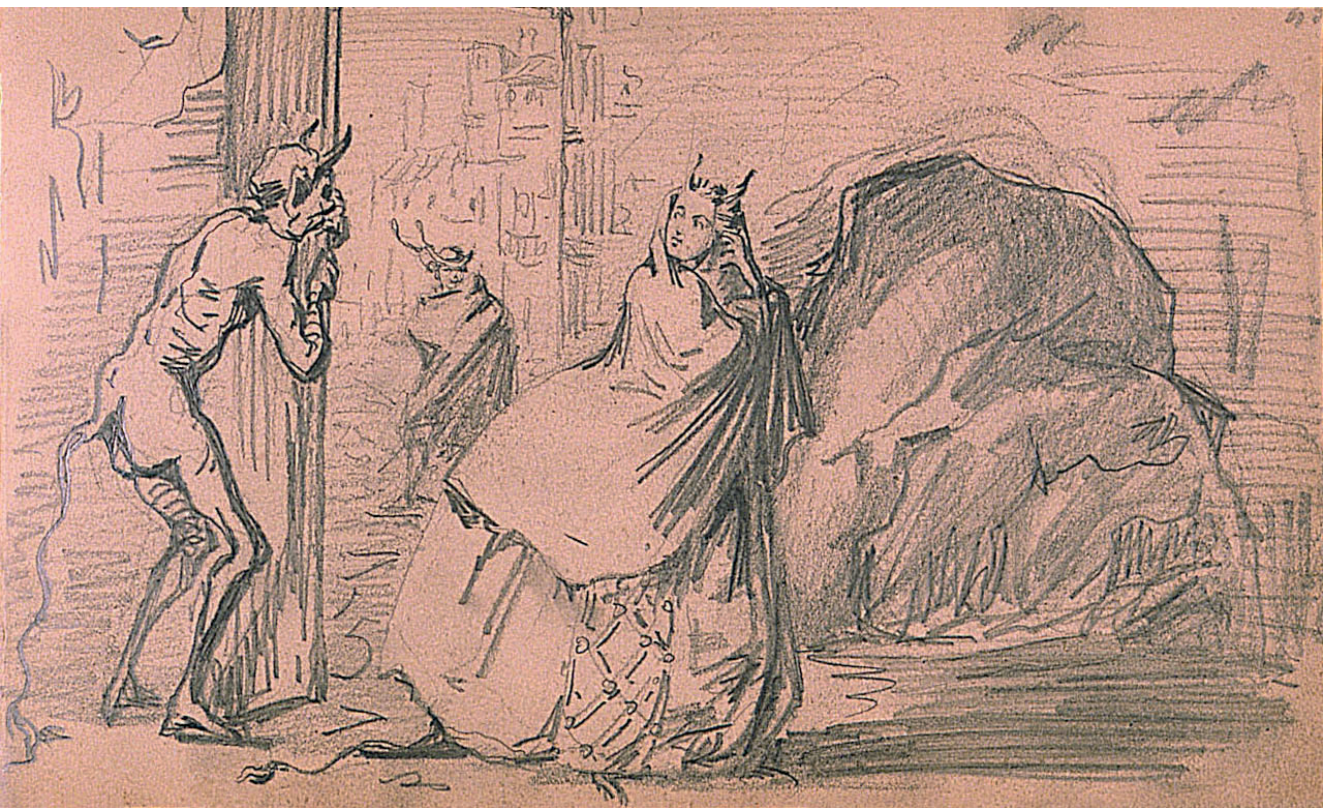
Vamos a bailar que salieron las vacas
y las
estrellas.

INTEMPERIE

Eliécer
cuántos de los tuyos murieron
en la vaguada
Cuántos arrastrados por las aguas
fueron a dar en cuerpo y alma
contra las rocas del juicio final
Tú tan entregado a los trabajos y los días
agradecías al cielo el fruto de los cultivos
bebías luego tu brandy
hablabas del frío del café
de las faenas del año
trataste de salvar a tu hijo
pero el río y la noche se lo llevaron
lejos

Buscas vida en el barro
sólo encuentras cuerpos podridos
casas despedazadas
Mientras el teniente coronel
ordena el reparto de alimentos fúnebres
y campos de concentración para damnificados
Tú miras Eliécer el valle de los muertos
esperando que el mundo arranque tus ojos.

(poemas inéditos)





GUSTAVO ADOLFO GARCÉS

La antena que trae
las noticias de la guerra
está llena de pájaros

MIS AMIGOS

Tuve un insomnio feliz
pasé la noche en vela
pensando en mis amigos
increíble tanta risa
en la memoria

LI PO

Ebrio
caminé por el bosque
hasta llegar al riachuelo

llené el cuenco de agua

se salieron todas las estrellas.

DRAGONEAR

Cuáles asuntos
afligen al dragón

por qué su gesto
desapacible

de cuáles actos
se hace responsable

con qué afán se esmera
en ser un monstruo.

ESTRELLAS INVISIBLES

Hay noches
en que uno descubre
la escalera
la puerta
y la cerradura

pero la habitación
sigue siendo secreta.

DIFICULTADES DE LA POESÍA

La idea era
beber un poco
ponernos alegres
pero nos emborrachamos
en exceso
y lo que hicimos
fue tener una opinión
demasiado buena
de nosotros mismos.

DON JOSÉ DONOSO

Vuelvo con frecuencia
a ese pasaje de su libro
en donde se mueven
las hojas de los árboles

no hay allí prisa

casi ni hecho alguno

pero algo me atrae y me obliga
con su leve mandamiento.

EL INSECTO

El insecto va de viaje por el muro

parece que goza de todas su facultades
y no teme ningún peligro

nada hace pensar en plazos o vencimientos

dicen que fue larva
y que ha sufrido diversas transformaciones.



*Gustavo Adolfo Garcés (Medellín, Colombia, 1957), abogado de la Universidad de Antioquia y Magister en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, ha publicado: **Libro de poemas** (1987), **Breves días** (Premio Nacional de Poesía Colcultura, 1992), **Pequeño reino** (1998) y **Espacios en blanco** (2000).*

PALABRA DE LECTOR





AL RECIBIR EL PREMIO OCTAVIO PAZ

EUGENIO MONTEJO

I

No ha sido corto el camino para llegar a este recinto. Y en verdad no podría serlo porque se trata del camino de una vida cuyo rasgo más determinante, si alguno ha tenido, es haberse destinado a servir a la poesía. Los primeros pasos, ocultos ya por el olvido, quizá dejaron entre sus huellas la harina del taller blanco, el nombre con que en otra ocasión me he referido a la vieja panadería que cobijó mi infancia, al reivindicarla como la primera aula frecuentada en mi aprendizaje de la poesía. Tal vez resulte algo extraño relacionar el inicio en un arte verbal con los talleres de confección del pan, los mismos que hoy se ven reducidos a los grises implementos de un quehacer mecanizado, pero en las antiguas panaderías, y tal era el caso del taller blanco, aún pervivían intactos los rituales y procedimientos provenientes de una era bastante remota, muy anterior al predominio eléctrico. La olfativa evocación que se lee en uno de los versos de López Velarde, cuando menciona “el santo olor de la panadería”, sin duda proviene de una de aquellas antiguas casas del pan. Todavía en mi niñez era posible encontrar en su seno, como en otros núcleos de trabajos artesanales, ciertas prácticas de oficio que podían proporcionarnos algunas enseñanzas equivalentes a las de la escritura. Y sobre todo, dentro del cotidiano trajín de la cuadra, se aprendía a valorar la fraternidad como una luz esencial entre los hombres. Diría que la fraternidad, ese sentimiento tan propicio a la voz del poema, había adquirido en aquel ámbito el color impoluto de la harina que marcaba su presencia en todas las cosas.

Aquellos fueron, sin embargo, los primeros pasos, pues andando el tiempo debí percatarme de que la escritura más afín al taller blanco se reducía a una práctica tal vez cercana a la jeroglífica, ya que como todas las de su índole debía valerse siempre de la representación de un determinado signo y lo reiteraba con devoción casi sagrada: el pan, antes y después del horneado, en aquel tiempo y en éste, conserva la misma forma de un pez dormido y no debe de estar lejos de tal imagen el dibujo de su jeroglífico, en tanto que para la escritura de la poesía me era

imprescindible valirme del alfabeto y de sus infinitas combinaciones. Del alfabeto cotidiano aprendido en la escuela y del otro, el inabarcable alfabeto del mundo, cuyos símbolos bien sabemos que no se alcanzan a descifrar en el curso de una vida.

Dije antes que no había sido corto el camino para llegar hasta aquí. Quisiera añadir, además, que no he venido del todo solo. “Yo no voy nunca solo al fondo de mí mismo”, escribió Jules Supervielle. Y es que, además de la querida compañía de mi familia, pienso que, junto al recuento de las muchas personas que un hombre va siendo al paso del tiempo, hemos de contar también con aquellos que nos precedieron y ayudaron a hacer nuestro camino, con aquellos que contribuyeron de un modo u otro a que lográsemos formarnos. En el caso de nuestra poesía, sin mencionar la dilatada tradición hispanoamericana con sus ecos y variaciones, se encuentra la para mí más cercana poesía escrita en Venezuela. Pensando en ella, creo que de algún modo esta noche también han venido hasta aquí conmigo, acompañándome, los poetas Vicente Gerbasi y Juan Sánchez Peláez, para sólo nombrar a dos maestros ausentes, cuyos poemas resultan ya imborrables de cualquier florilegio lírico de Hispanoamérica.

Temprano, con mis primeras letras, supe que la lengua que hablábamos en casa, la misma en que intentaría más adelante escribir mis poemas, se había escuchado por primera vez en nuestra tierra durante la fugaz permanencia del Almirante Cristóbal Colón en el tercero de sus viajes, cuando, al desembarcar en las inmediaciones del Orinoco, creyó localizar allí nada menos que al Paraíso Terrenal. Podía ponerle, por tanto, fecha precisa a la llegada de la lengua castellana a la región de la actual Venezuela, puesto que en esta misma lengua el Almirante se aprestó a bautizarla tan pronto la viera. La llamó, como se sabe, esta tierra de gracia. La lengua en que escribió estas palabras contaba para la época una antigüedad de quinientos años, exactamente la misma antigüedad que tiene ahora entre nosotros. En el curso de esos cinco siglos la antigua lengua traída por las carabelas se ha enriquecido al contacto con las lenguas indígenas, con las venidas de África y todas las otras, occidentales o no, habladas por quienes llegaron a vivir en nuestro suelo. Mucho de cuanto nos define y mucho de cuanto por nosotros mismos nos es difícil definir circula por su cauce. Con el tiempo, me he convencido de que en su entonación se halla inscrito el paisaje espiritual de nuestras gentes.

78

De modo, pues, llegué a decirme, que si en algo podíamos reconocernos, era sin duda en esa lengua, y sobre todo en las variaciones lexicales, morfológicas y tonales con que a lo largo de los siglos la habíamos hecho nuestra, las mismas variaciones con que, en el decurso de una lenta modulación sin término, la habían hablado las generaciones que nos precedieron. Ahondar en su tradición milenaria desde el espejo tonal de nuestras verdades afectivas me pareció, por tanto, el modo

más cierto de servirla, de entrever a través de sus signos la enigmática sombra del dios Toth, el dios egipcio del lenguaje, con su cara de ibis y su cuerpo de hombre, desde las galerías de nuestras voces entrañables. Se debe a Toth, como es sabido, la primera afirmación de que en el principio de todas las cosas fue el Verbo.

II

“Junto al cielo de México, uno de los cielos más altos de la tierra, contra sus nubes enormes y tempestuosas, alcanzando ese otro Sinaí de los volcanes, el hombre erigió aquellas pirámides con sus frisos y gárgolas de serpientes y jaguares como el más ingente conjuro al inicial espanto cósmico”, estas palabras de Mariano Picón Salas, que se leen en su ensayo *Gusto de México*, datan de 1950. Si las rememoro en esta ocasión es porque ellas ponen de resalte la admiración que de México y de su antigua cultura ha prevalecido desde hace siglos en mi país y en el continente. Hacia 1918 había caído en las manos del joven Picón Salas, a la sazón un estudiante en su nativa ciudad de Mérida, un ensayo de Alfonso Reyes, y desde entonces supo identificar en éste a un maestro y, varias décadas después, a un fraternal amigo. A través del suplemento literario que más tarde dirigió en Caracas se hicieron frecuentes los ensayos y comentarios que Reyes enviaba periódicamente a Venezuela en la década de los años cincuenta, cuya lectura fue seguida con atención creciente. Fue en este mismo suplemento del diario *El Nacional* donde se divulgó por primera vez un notable ensayo de Octavio Paz, publicado en dos entregas, sobre la poesía mexicana. Ese diálogo secular con la cultura y la historia de México, ha tenido una de sus más benéficas proyecciones en la noble hospitalidad que en distintas épocas los exiliados de muchos países han encontrado en esta tierra. Fue así un día para nuestro Rómulo Gallegos, como para tantos otros intelectuales que han conseguido en este país un refugio protector y amable.

Sería extensa la relación de nuestros vínculos con la literatura de México. Baste con citar en nuestros días la reconocida obra de Alejandro Rossi, cuyos libros han creado un puente inmejorable entre ambos países. Así y todo, además de los escritores ya nombrados, desearía recordar a José Juan Tablada, que publicó dos libros durante su permanencia diplomática en Caracas y trabó amistad con la generación literaria venezolana de 1918. Quiso el autor que uno de sus poemarios apareciese con ilustraciones coloreadas, en una época en que las imprentas caraqueñas no disponían de medios para la impresión en color. Los jóvenes escritores amigos del poeta, según me refirió seis décadas más tarde uno de ellos, Fernando Paz Castillo, se turnaron en la imprenta para colorear por propia mano las ilustraciones de su libro. Los solidarios amigos coloristas, al adornar las páginas del libro de Tablada, parecían acoger por sí mismos la invocación consignada en los memorables versos de Carlos Pellicer: *“Trópico, para qué me diste / las manos llenas de color / Todo lo que yo toque / se llenará de sol”*.

¿Le interesa Octavio Paz? Es el mismo Pellicer en persona quien amablemente me interroga una lejana tarde de 1961. Tras el inicial saludo, le había preguntado a mi vez por el autor de *El arco y la lira*. Estábamos en la Valencia venezolana, adonde él había ido a dictar una charla sobre museografía. Desde la década de los años treinta, cuando muy joven Pellicer había propiciado la denuncia de la dictadura de Juan Vicente Gómez por los universitarios mexicanos, la estima artística y humana del maestro de Tabasco contaba con un cariñoso arraigo en nuestro país. Poeta de los enigmas de la luz, de “versos dados”, para emplear la justa expresión de Marina Tsvietáieva, la admiración por su obra era también la comprobación de una peculiar gracia verbal en parte desatendida en nuestra lírica durante la primera mitad del siglo XX.

Mi pregunta acerca de Paz concernía, claro está, al autor que conocíamos en aquella época, al poeta que, si bien ya había escrito libros primordiales, no era aún objeto del reconocimiento que su nombre ganaría con justicia en las décadas siguientes. Y mi admiración temprana por su obra no era casual, pues tal como había ocurrido con otros escritores coetáneos, en nuestro itinerario formativo varios libros suyos habían constituido verdaderos hitos. Me refiero a *El arco y la lira*, *El laberinto de la soledad*, *Puertas al campo* y, poco después, *Cuadrivio*, entre otros libros que recuerdo haber leído lápiz en mano para apuntar mi lectura. Libros en que me propuse demorarme tanto como sus páginas me lo exigían. ¿Qué decir, por ejemplo, del magistral ensayo sobre Rubén Darío incluido en *Cuadrivio*, un esclarecimiento crítico tan perspicaz como no superado hasta el presente? ¿Y qué de *El arco y la lira*, esa obra inagotable que modeló en tantos jóvenes del continente un sentido de aproximación crítica refrendado por la lucidez y el rigor del análisis? Son obras que, en uno u otro sentido, nos modificaron, sirvieron para afinar el gusto y modelar nuestra propia tentativa literaria. A partir de ellas se abría un horizonte a nuestros ojos. Era un joven maestro hispanoamericano el que entonces nos proponía una exigencia más alta y más fértil. En títulos como éstos se cifran instantes de juventud que cristalizaron como emblemas espirituales del muchacho que éramos en ese entonces. Tal vez ahora, al releerlos, nos hablen de modo distinto, puesto que la edad siempre interpone sus ecos. Sin embargo, en nuestro ánimo perdura el inicial deslumbramiento de sus páginas y cuanto éstas llegaron a decirnos en cierto modo para siempre. Fue así respecto a la obra ensayística del primer Paz como también respecto a los poemas reunidos en el libro *Libertad bajo palabra*. De hecho, al preguntarle a Pellicer por Paz, había preguntado, recuerdo bien, por el poeta de *Libertad bajo palabra*. Ambas vertientes, magistralmente acrecentadas en las siguientes décadas, conforman, dicho sea para suscribir la observación de Gabriel Zaid, un verdadero milagro, un milagro que, como él ha afirmado, subió de nivel toda nuestra cultura en el lapso de una vida.

IV

En los actuales días, si bien aún se pregunta por los poetas y por sus obras, con mayor frecuencia se suele interrogar acerca de la utilidad de la poesía, acaso como uno de los distinguos de la era presente, tan inclinada a sospechar de todo cuanto no propenda a un fin material y palpable. Las contestaciones a menudo esgrimen el contrasentido quizá para esquivar la futilidad de la pregunta, cuando no sirven de pretexto para desahogar los ánimos vanidosos. Una especie de respuesta, sin embargo, que es posible invocar desde la hora que vivimos, se concreta en la prueba que les correspondió afrontar a los artistas durante la centuria que concluyera hace apenas un lustro. Entre las lecciones dejadas por ese siglo terrible, una de las más decisivas concierne a los avatares del poeta frente a los regímenes totalitarios. Fue ésta, como sabemos, una prueba dolorosa, muchas veces cruenta, en la que no pocos pagaron con su vida la defensa de la libertad y de la tolerancia. Se sabe que al poeta Ossip Mandelstan lo pierde un poema contra Stalin, un poema que, a decir de Joseph Brodsky, resulta demasiado logrado como para que Stalin no sintiese que le había llegado muy cerca. Asimismo, al leer la obra de Ana Ajmátova, resulta difícil precisar qué asombra más en la genial poeta rusa, si el don verbal que la arrebató y la lleva a escribir poemas como *Réquiem*, creaciones icónicas de su tiempo, o la inaudita capacidad de sobreponerse a todos los golpes de sus perseguidores.

De igual modo se sabe que en las confrontaciones de la época no faltaron los artistas que defendieron ardorosamente los dogmas ideológicos, algunos con rectificaciones más o menos oportunas, otros con la insistencia empedernida que hasta el final de sus vidas los hizo víctimas de sus credos. Desde nuestra hora, aunque la perspectiva histórica haya despejado la evaluación de las cosas, se hace visible la confusión que propició en muchos espíritus la proximidad de los hechos. Aquello que a una determinada adhesión añade en definitiva el carácter, más que los discernimientos de la inteligencia. De algún modo, las decisiones fundamentales siempre han dependido más del ser que del saber. Sin embargo, más allá de las posturas que son parte de la historia, una lección principal que nos depara la anterior centuria arraiga en el convencimiento de que nunca debe rehuirse la adhesión a la lucidez y a la tolerancia del pensamiento. De acuerdo con el ya citado Joseph Brodsky, en tales circunstancias siempre habrá que partir de un arte denso, pues “constituye una regla el hecho de que, para sobrevivir bajo la presión totalitaria, el arte debe aumentar su densidad en proporción directa a la magnitud de la presión a la que se ve sometido”.

Y es en este dominio de las elecciones vitales donde Octavio Paz legó también otra de sus lecciones más perdurables. El poeta devoto de la renovación lírica de su lengua, el perspicaz y penetrante ensayista, fue también el pensador de la polis, el mismo que desafió denuestos e incomprendiones al reafirmar su lucha contra

el dogmatismo fanático, cualquiera fuese el disfraz de su prédica. Diré más: de nuestros maestros literarios, de nuestros faros, para usar la metáfora baudelaireana, ¿no fue acaso Paz quien con mayor ahínco invocó en nuestro continente la necesidad de la puntualización crítica frente a las obcecaciones ideológicas? Recuerdo cómo José Bianco, otro maestro querido, mientras blandía una vez en sus manos un mazo de cartas manuscritas de Paz, me confirmaba una tarde en Buenos Aires la clarividencia del poeta mexicano que a él mismo le había servido para orientarse en su momento.

V

En el umbral de este milenio las nuevas señales de la poesía no difieren mucho de las que resumió nuestro poeta en sus iluminantes ensayos. Se la tiene por el mismo arte minoritario, a la vez indispensable y secreto, cuya extinción se suele anunciar de tanto en tanto, sólo para convenir en que su condición periférica en los actuales tiempos apenas si delata la carencia de un sentido artístico más hondo por parte de la sociedad contemporánea. Digamos también que al menos se espera de ella, con la integridad con que lo ha reiterado Rafael Cadenas, que pueda hacernos “más vivo el vivir”. Monológica, oculta, la voz del poema elude en nuestros días las formas estridentes porque encarna el lenguaje esencial de la intimidad, el lenguaje con que a solas nos hablamos a nosotros mismos y hablamos a los seres y cosas que más nos atañen; la parte del lenguaje, en fin, que por sí misma es refractaria a cualquier indicio de mentira. Inmodificable pese al fundamentalismo del dinero que prevalece en la actual época, parece recordarnos con palabras de Herbert Read, que “el dinero puede comprar casi todo menos la verdad, y a casi todos menos al poeta poseído por la verdad”.

Hemos hablado de la poesía, pero ¿qué idea nos hacemos del poeta en los días actuales? ¿Cuál misión se le supone tácitamente encomendada? “Siempre creí profundamente -afirmó el poeta brasileño Cassiano Ricardo- en la enorme tarea que corresponde al poeta en nuestro tiempo. Forma de gnosis, de autocrítica o introspección para que el poeta se conozca a sí mismo, la poesía ejerce, simultáneamente, una decisiva función pacificadora frente al desespero lúcido de la preguerra atómica”. Y define al poeta como “*Un hombre / que crea el poema / con el sudor de su frente*”. Más canónica y en buena parte vigente desde finales del siglo XIX es la conocida definición de Stephane Mallarmé, para quien el poeta es aquel capaz de purificar las palabras de la tribu, de devolver las palabras a su estado de pureza genésica. Podríamos citar varias otras, pero me gustaría recordar, entre las más sugestivas, sólo una más que, por cierto, cuenta con el prestigio de provenir de la era prehispánica, puesto que se debe a los náhuatl. Para ellos, que veneraban las formas de expresión noble y cuidadosa, según afirma Miguel León Portilla, el poeta o narrador, el tlaquetzqui, es “aquel que al hablar hace ponerse de pie a las cosas”

¿Debemos ir a buscar otra definición del poeta en abstrusas bibliotecas, en culturas remotas, si disponemos de ésta que nos resulta tan entrañable? En todo caso, la antigua noción de magia verbal, tan cercana a esta definición, que ha logrado sobrevivir al asedio racionalista, viene a recordarnos que la escritura de un texto lírico nace acompañada de una porción de enigma inseparable la voz que la recorre.

VI

Con el nuevo milenio que despunta, sin embargo, se acentúan otros signos perturbadores que atañen en mucho a la vida y, por ende, a la poesía y al arte de nuestro tiempo. Me refiero, entre otros, al peligro mayor de una devastación nuclear, como una amenaza que otras generaciones desconocieron al menos en la magnitud con que hoy ésta nos concierne. Puesto que la poesía lleva implícita la defensa de la vida, y la vida no se deja definir sino en términos de esperanza, la amenaza apocalíptica es un extraño sol negro, frente al cual hemos de escribir en el siglo que ha comenzado, un siglo, como pocos, difícil de atravesar en la historia de la humanidad.

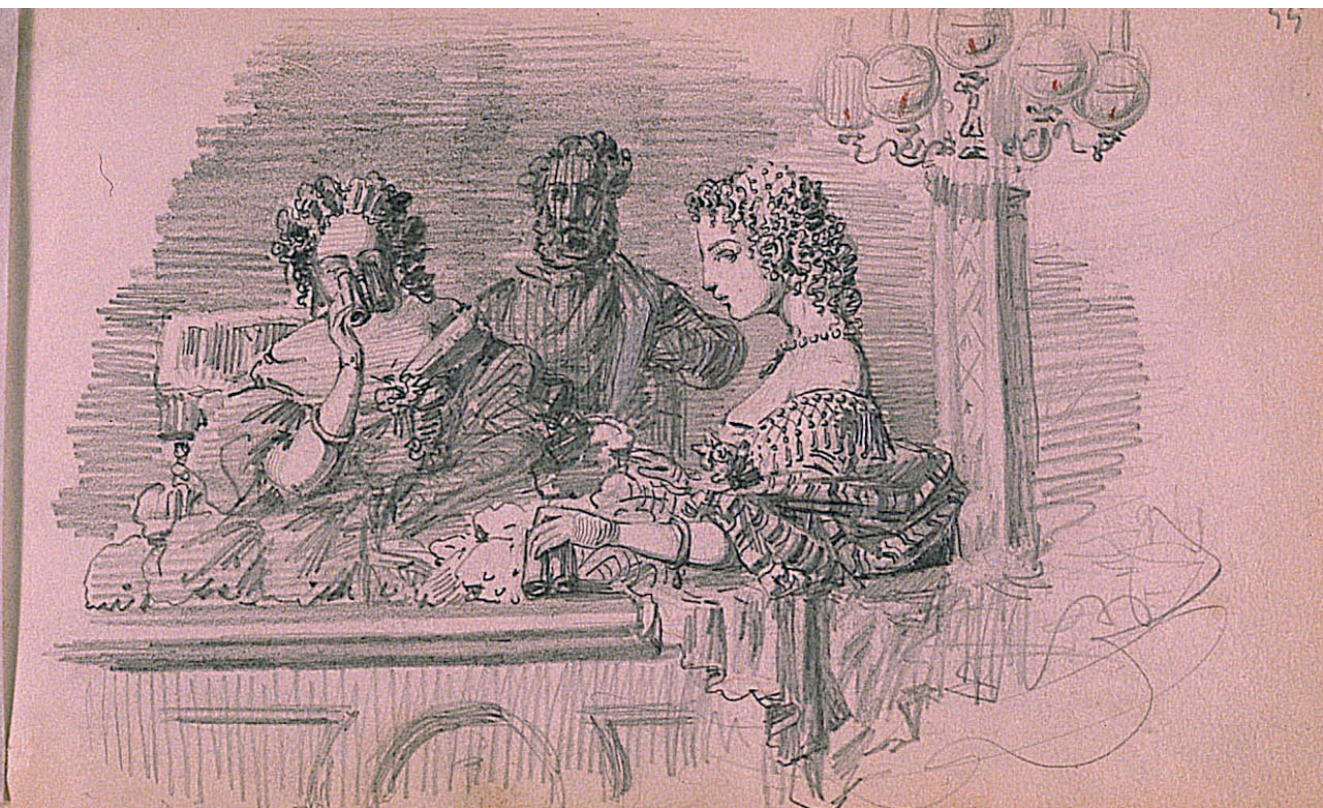
No trato de decir que el artista haya de imponerse como tema el sombrío referente atómico, pues es sabido que en el arte las determinaciones voluntarias casi siempre pueden poco. La noción apocalíptica, no obstante, forma parte de la vida en este nuevo siglo en una proporción desconocida por las generaciones de otras edades. De existir una determinada entonación que distinga a esta era que vivimos, en las distintas lenguas debería de escucharse una cierta sintonía en los tonemas que reflejan el peligro. El hecho de que nada sepamos del futuro, salvo que debemos crearlo entre todos, aumenta la responsabilidad del artista. Su adhesión ética ha de estar del lado de la civilizada tolerancia y de parte del desarme tanto por fuera como por dentro del hombre.

VII

Cuando la voz de la Presidenta de la Fundación Paz, Marie José Paz, me anunció al teléfono el Veredicto del Jurado, luego de tan abrumadora sorpresa, tres palabras vinieron a mi mente al intentar discernir la reacción de mi ánimo en ese preciso momento: honor, alegría y responsabilidad. En primer término se trata de un alto honor porque es un premio que proviene de México, el país de más acendrada tradición cultural de nuestro continente. Además, me ha proporcionado una innegable alegría, una alegría que podía compartir con mi familia y con mi país, en un tiempo en que los percances de nuestra política y del militarismo autocrático no nos proponen demasiada alegría. La tercera palabra es responsabilidad, cuya noción en el dominio de la creación artística y de la postura ética asocio al nombre que lleva este honroso premio. Estas tres palabras compendian el sentimiento

abigarrado que embargó mi ánimo al momento de conocer la noticia. Creo que las tres pueden resumirse en una sola palabra, que es tal vez la más hermosa de nuestra lengua: la palabra gracias. Gracias a la Fundación Octavio Paz, gracias a los integrantes del Jurado, gracias al Fondo de Cultura Económica, gracias a México.

Texto leído por su autor en la Ciudad de México el 1º de agosto de 2005.





blanca

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Portada

Ríma 43 (XVI) “Sí al mecer las azules campanillas” (segundo álbum de Julia Espín).
El poeta y sus musas (dibujo que fue arrancado del primer álbum de Julia Espín).

Solapa posterior

Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer, realizado por su hermano Valeriano
Autógrafo (Libro de los gorriones).

Pág. 1

El sueño del poeta (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 2

Índice de las rímas (Libro de los gorriones).

Pág. 4

El escarpelo del diablo (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 14

En la cama de la monja (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 18

Portada del *Libro de los gorriones*.

Pág. 31

Entre bastidores (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 32

Lucía di Lammermoor (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 38

En el campanario (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 44

Dibujo que representa el patio de la casa que habitó Bécquer en Toledo, después de separarse de su esposa (Libro de los gorriones).

Pág. 57

La confesión de la diábleza (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 58

Ríma 29 (XIII) “Tu pupila es azul, y cuando ríes”. Ríma 30 (XXXI) “Nuestra pasión fue un trágico sainete”.

Pág. 61

Boceto de dos damas (Biblioteca Nacional, ms 22511)

Pág. 62

Los muertos no reciben el día de difuntos (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 70

Los diablos engañan al galán (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 74

Fraile obeso (primer álbum de Julia Espín).

Pág. 75

Bocetos de Bécquer sobre un borrador de la crítica a *La soledad* de Augusto Ferrán.

Pág. 76

Bocetos satíricos del joven Bécquer (Biblioteca Nacional, ms. 22.511)

Pág. 84

El palco de los Espín (primer álbum de Julia Espín)

Pág. 85

Les morts pour rire. Bizarceries (segundo álbum de Julia Espín)

Todas las ilustraciones de este número fueron extraídas del CD-ROM PC
Gustavo Adolfo Bécquer. Libro de los gorriones, de la colección
Tesoros de la Biblioteca Nacional.

blanca

blanca

PALIMPSESTO

Revista de Creación

Dirección:

Francisco José Cruz

Secretaria de Dirección:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona
Delegación de Cultura y Patrimonio

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)
E-mail: francacruz@terra.es

Administración:

Biblioteca Municipal "José María Requena"
c/. Domínguez de la Haza, s/n.
Tfno. y fax 95 419 14 58 - E-mail: biblioteca@carmona.org
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRASEVI, S.L.- Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 2
Teléfono 95 419 06 89 - Fax 95 419 07 01 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

I.S.S.N.: 1885 - 9429

Depósito Legal:

SE - 820 - 1990



Justo Adolfo Becquer
1836 - 2006

CARMONA 2006



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

ISSN 1885-9429



9 771885 942006